EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

COMEDIA SIN DESENLACE

Estudio cómico-político en tres actos y en prosa

POR

JOSÉ ECHEGARAY

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892

Al eminente actor D.n Emilio Mario

Su admirador y amigo

José Echegaray

COMEDIA SIN DESENLACE

COMEDIA SIN DESENLACE

Estudio cómico-político en tres actos y en prosa

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 17 de Diciembre de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES	ACTORES
DON SANTIAGO CARMONA (hombre político importante)..........	Sr. Montenegro.
DOÑA MERCEDES (su esposa).....	Sra. Alverá.
ÁNGELES (hija de ambos).........	Srta. Cobeña (C.)
EL TÍO VIRTUDES (D. Ambrosio Rodrigo, labrador)..............	Sr. Vico.
LUIS RODRIGO (su hijo, teniente)..	» Perrin (A.)
DON ANDRÉS IGUALADA (amigo de D. Santiago)................	» Sánchez.
DON LORENZO MINUTA (empleado).	» Mario.
DON VALENTÍN PESCADOR (agente político de D. Santiago)	» Thuillier.
COMPAÑERO 1.° (anarquista)......	» Mendiguchia.
COMPAÑERO 2.° (anarquista)......	» Lacalle.
UN CRIADO......................	» Romea.
ESCRIBIENTE....................	» Ponzano.

Escena contemporánea, en Madrid.

ACTO PRIMERO

La escena representa una sala lujosa; pero ni es enteramente salón de recibir, ni es despacho: participa de lo uno y de lo otro. Puertas laterales y en el fondo; á la derecha, un balcón bastante grande para que se vea el cielo y algún horizonte. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON SANTIAGO, DOÑA MERCEDES y un ESCRIBIENTE

El Escribiente sentado á una mesa á la izquierda del espectador y escribiendo lo que don Santiago dicta. Éste paseándose por la sala y dictando. Doña Mercedes sentada á la derecha y ocupada en sus labores ó leyendo.

SANT. (Dictando.) «Y hágale usted entender á ese señor alcalde... á ese señor alcalde... que no estoy dispuesto á tolerar sus alcaldadas... sus alcaldadas... ¡y que no digo *él*, mísero alcalde de monterilla... menos que de monterilla, de caperuza... de caperuza.. sino todos los alcaldes de casa y corte que resucitasen para el caso... para el caso... todos juntos no lograrían atropellar á don Santiago Carmona... Carmona, sin recibir un buen zarpazo de don Santiago!» Esto del *zar-*

pazo, subrayado. Ahora acaba usted la carta con las fórmulas de ordenanza. ¡Vaya con el canalluca! No, pues le siento la mano y le clavo la zarpa.

MERC. Pero ese alcalde fué amigo tuyo.

SANT. Ya lo creo, como que me ganó unas elecciones que estaban muy reñidas. Por eso precisamente sé cómo las gasta.

MERC. Y las ganaría haciendo esas alcaldadas que ahora te. indignan.

SANT. Es distinto, hija: es distinto. Tú no entiendes de polític a

MERC. Lo que no quieras para tí, no lo quieras para el prójimo,

SANT. (Riendo.) ¡El prójimo! ¡Tiene gracia! El adversario político, y mucho más el que nos disputa una elección, ni fué, ni es, ni será nunca nuestro prójimo. Ó si te empeñas en que lo sea, será de esos prójimos á los cuales se les da contra una esquina ó contra una urna electoral.

MERC. Yo creo, sin embargo...

SANT. Mira, Merceditas, tu especialidad no son las elecciones. Déjame acabar mi correspondencia, que es urgente.

MERC. Bueno. (Vuelve á sus labores.)

SANT. Ahora tiene usted que escribir varias cartas. (Al Escribiente.) Le daré á usted la idea y usted las redacta á su gusto. (El Escribiente va tomando notas á medida que habla don Santiago.) Á don Policarpo:, que, aunque ya sabe que estoy en la oposición y que me persiguen como á un perro rabioso, por complacerle hice los imposibles, y que tendrá su sobrina el estanco, y su sobrino la cartería, y su otro sobrino el empleo en consumos; que recomendé con eficacia su pleito; por último, que le mando el relój de péndola que me pidió, y la caja de puros que me pidió, y la camiseta de lana que me pidió, y que además le mando á todos los diablos... No, esto de los diablos no lo ponga usted, porque esto fué lo único que no me pidió: yo le mando á ellos por cuenta mía.

ESCRIB. Ya comprendo.

MERC. ¡Válgame Dios, que un hombre independiente como tú, sufra esas impertinencias!

SANT. Es preciso, querida: es preciso. Don Policarpo tiene doscientos votos y mucha influencia. ¡Ah! (Volviéndose al Escribiente.) que le mando los polvos para *matar moscas*, aunque no en tanta cantidad como él deseaba, porque no los encontré... y porque me quedo con unas cuantas libras para matar *moscones* en cuanto sea diputado. Esto de los moscones tampoco lo pone usted.

ESCRIB. Claro está.

SANT. Otra; al tío Porrales: que tengo un gran sentimiento, que se lo anuncio ¡con lágrimas en los ojos!... y subraye usted *las lágrimas*... y subraye usted también *los ojos*... que la causa de su chico va muy mal; porque según me escriben de la Audiencia, está probado que Mamerto Porrales fué el primero que pegó con la cachiporra al hijo del *Porruno*, y que quizá este primer golpe fué el que causó la muerte del difunto: póngalo usted así, porque así lo entenderá mejor: la *muerte del difunto*. Y que además todos saben ¡la fuerza de brazo que tiene Mamerto! Esto (Dirigiéndose á su mujer.) llenará de orgullo al tío Porrales, y siempre es un lenitivo á su pena. Pero que de todas maneras, si me *saca* diputado, como entonces tendré mucha influencia, le *sacaré* el indulto. Así: saca por saca: diputación é indulto, y si no, se pudre en un presidio el bárbaro del porraleño.

MERC. Pero Santiago, ¡que tú protejas asesinos á cambio de un acta! ¡Santiago!

SANT. ¡Qué cosas dices! No fué asesinato, fue riña: cada uno riñe con sus armas naturales: nosotros, con la palabra: ellos, con la cachiporra.

MERC. ¿Pero qué necesidad tienes tú de meterte en esas cosas?

SANT. Queridita mía, el bien público y el deber político lo exijen. ¡Soldado de la idea, á la batalla voy! Otra:

(Al Escribiente.) á la viuda de Cascajares: una carta muy fina, y dice usted que no va de mi letra porque... porque... porque tengo reuma en el brazo; pero que la viuda de mi pobre amigo Cascajares, ¡será eternamente mi viuda!

MERC. ¡Hombre! ¡Tu viuda!

SANT. No: mi viuda, no; ¡mi amiga eterna! ¡mi amiga ineludible! (Al Escribiente.) Que cuento con ella en la próxima lucha electoral, y que espero que hará por su buen Santiago lo que hubiera hecho el pobre Cascajares. Siempre que ponga usted *Cascajares*, ponga usted *¡pobre!*

MERC. Pues dicen que la viuda del pobre Cascajares se casa.

SANT. ¡Diablo! Entonces Cascajares á secas; ó no le nombre usted: diga usted «aquél.» Al concluir la carta pone usted como postdata que le mando un juguete para el monísimo de Rufinito.

MERC. La verdad; cuando estuve en el pueblo y ví á Rufinito, no me pareció tan mono como dices.

SANT. ¡Que no es mono! pues si parece *un mico*. Feo, estúpido y antipático como el bestia de Cascajares, que en paz descanse. Pero son ciento cincuenta votos. Otra: al señor Cura, que le felicito cordialmente por su último sermón y que le mando una escopeta de dos tiros. «¡Cosa buena el sermón!» y «¡cosa buena la escopeta!» pero que no se distráiga y dispare desde el púlpito sobre los feligreses creyendo cazar venados, perdices y conejos.

MERC. ¡No digas eso, Santiago!

SANT. Como lo digo: (Al Escribiente.) si á él le hacen mucha gracia estas cosas... (A doña Mercedes.) Y concluya usted la carta diciendo: «¡Santiago y á ellos!» A todas estas cartas contesta usted en los términos de siempre. (Le da un paquete de cartas.) Variantes de mi circular: *el bien público, los intereses del distrito*, etc., etc.: además, ya he puesto algunas notas. Las despacha usted y me las trae á firmar. Han de salir hoy mismo.

ESCRIB. Sí señor: con el permiso de ustedes. (*Sale por la izquierda, primer término, llevándose cartas y papeles.*)

ESCENA II

DON SANTIAGO y DOÑA MERCEDES

MERC. Válgame Dios, Santiago, que cuantos más años pasan, más se te enardece la fiebre política. Un hombre como tú, independiente, rico, ilustrado, noble, altivo...

SANT. Se agradece, mi señora doña Mercedes. ¡Al oirte, me siento noble y altivo!

MERC. ¡Y siéndolo, porque lo eres, te rebajas, te humillas hasta convertirte en mísero *adulador* del tio Porrales y de la viuda de Cascajares!

SANT. ¿Qué remedio? *La adulación*, querida Mercedes, es y será eterna. En otros tiempos, un hombre político adulaba á los magnates; hoy, un hombre político escribe cartas cariñosas al *tío Porralos* y á la *viuda del difunto*; ¿qué más da? Al fin y al cabo adular al débil es más digno que adular al poderoso: indudablemente es un progreso.

MERC. Es que no les adulas en cuanto débiles, sino en cuanto son relativamente poderosos: ¡doscientos votos!... ¡ciento cincuenta votos!... ¡que no tuvieran votos y ya veríamos!

SANT. ¡Oh, moralista con faldas! ¡filósofo estóico del género femenino! escucha: la adulación, que al pronto parece cosa fea, no es más en el fondo que un efecto inevitable de la *solidaridad humana:* en estas sociedades modernas todos nos necesitamos y todos nos adulamos. (*Tomando tono de discurso.*) ¡Ah!... ¡sí!... la adulación circula desde las soberbias cúspides á las humildes hondonadas Adulan emperadores y monarcas á sus pueblos, para que les afiancen con lazos de cariño las coronas. Adula el pretendiente al ministro para que le conceda un destino, y el ministro al diputado para que

le apoye en la Cámara, y el diputado en ciernes al tío Porrales para que le dé sus votos. Adula el aristócrata ó el potentado al humilde revistero para que escriba con tinta de arrope y miel rosada las maravillas y esplendores de su regio palacio. Adulan todos al periodista, porque la letra de molde es formidable y temerosa, y á su vez adula el periodista al público, porque el público es el que paga. Adula el general al soldado con proclamas más ó menos épicas, para que le dé con su sangre la victoria, y adula el amante á la mujer hermosa para que le conceda las regaladas ternuras de su amor. ¡Ah! ¡la adulación universal es el tributo del egoísmo universal al amor universal! ¿Que la adulación es hipocresía? ¿Qué importa? ¡Al fin los moldes comunican sus formas á las esencias como dijo Santo Tomás!

MERC. ¡Ea! ¡ya te lanzaste! ¡mira que no estás ni en un Congreso ni en un Ateneo!

SANT. Me acusas: me defiendo. Y todo, ¿por qué? ¡Porque le mando un juguete á Rufinito, una escopeta al señor cura y una camiseta de lana á don Policarpo! ¿Y qué? ¿No es triunfo, no es progreso, no es fruto de paz y de fraternidad universal, esto de que yo, que aspiro á los más altos poderes de la Nación, tenga que atender y que mimar á los humildes del surco y del terruño? Cuando la noble ambición, cuando el amor á la patria, cuando los nuevos ideales...

MERC. ¡Mira que me voy!...

SANT. Cuando...

MERC. Cuando te pones así, te pones irresistible...

ESCENA III

DOÑA MERCEDES, DON SANTIAGO y DON ANDRÉS, por el fondo.

AND. ¿Qué es esto, se riñe? ¿tenemos guerra civil?

MERC. Ayúdeme usted, don Andrés, contra este loco.

SANT. Nefasta coalición del obscurantismo y el miedo. (*Señalando á don Andrés y á doña Mercedes.*)

AND. ¡Puedes hablar tú de coaliciones nefastas! ¡tú, hombre de orden, burgués y burgués rico por añadidura, que hasta con los anarquistas te has coligado en tu distrito, según oí ayer en Gobernación!

SANT Te diré... no hay tales coaliciones; lo que hay es, que Pescador, mi gran agente electoral, tiene amistad con dos jefes importantes del partido anarquista... y por complacerle me apoyan. Hoy mismo he de hablar con ellos. ¿Qué remedio? La lucha electoral es una lucha y en toda lucha no hay más que una ley: la fuerza; no hay más que un objetivo: la victoria.

MERC. Don Andrés, por Dios santo, calme usted esa fiebre de mi señor marido. Mire usted que por la política dichosa todo lo tiene abandonado: sus intereses, su casa, su propia mujer...

SANT. ¡No, hija, á tí me parece que no te abandono! (*Acercándose a ella con cariño.*)

AND. Cuando usted no puede, (*A doña Mercedes.*) usted, su bellísima y amada consorte, ¿qué podré yo, viejo, pesado, enojoso y gruñón?

SANT. Serás viejo, no te lo niego, te lo has ganado á fuerza de años; pero enojoso no lo eres, sino cuando condenas en absoluto la vida pública la fecunda agitación de la política.

AND. Si yo no la condeno en absoluto ni mucho menos.

MERC. No hay esperanza: se me pasa usted al enemigo.

AND. No me paso á nadie. Digo que es necesaria, pero que yo no quiero meterme en ella.

SANT. ¡Si es necesaria! ¡Dices, si es necesaria! ¡Pero si la política es la oxigenación del ambiente social! Ya sé yo que el aire trae tempestades, miasmas y pestes; pero al fin es el movimiento y es la vida. (*Vuelve á tomar posición y tono de orador.*) ¡Ah, señores! ¡qué diferencia entre las naciones orientales y las naciones europeas! ¿por qué aquéllas se estancan? porque no

hacen política; ¿y por qué progresan éstas? porque hacen política, aunque sea mala ¿Qué es preferible, respóndanme ustedes con sinceridad, el *nirvana* budista ó la calentura del Politician americano? El hombre es hombre porque piensa, aunque piense mal; porque se agita y se mueve, aunque se mueva tropezando con todo el mundo y atropellando gente pacífica. Prefiero la política corruptora de los Estados Unidos, armando un negocio de ochenta millones de *dollars* entre dos artículos de una ley, al quietismo del indio de panza enorme y cara estúpida, durmiendo veintitrés horas bajo el *loto*, con la boca abierta y tragando mosquitos y sabandijas, mientras su espíritu se desvanece con ondas mansas y perezosas en el océano inmenso del gran-todo. El primero, acaso deja un pedazo de ferrocarril con su rojiza locomotora ó unos kilómetros de hilo telegráfico con su eléctrica vibración; el segundo, deja un cuerpo hinchado bajo unas hojas verdes: el primero es un mal hombre, el segundo es un saco de linfa para pasto de hormigas, lagartos y orugas. He dicho.

AND. Y te hemos oído.

SANT. ¿Y estás conforme?

AND. Con todo lo que nos has discurseado.

SANT. Pues dame los brazos. Cuando sea poder te sacaré diputado ó senador.

AND Pero antes me sacas los diablos del cuerpo.

SANT ¡Pero hombre de Dios!...

AND. Pero hombre del Distrito, escucha. Yo acepto todo lo que has dicho: yo acepto la política con una sola condición.

SANT. ¿Cuál?

MERC. Eso es claudicar, don Andrés.

AND. En todo caso es decir lo que siento.

SANT. ¿Pero cuál es esa condición?

AND. Que tu política y la de todos se sujete á la ley moral: que no hagas como político lo que no harías como

hombre honrado, recto, bondadoso y justo, que eres y fuíste siempre.

SANT. Me parece...

AND. Como don Santiago Carmona, eres incapáz de insultar á nadie, de calumniar á nadie, de ridiculizar á nadie, ni de matar á bicho viviente por humilde que sea. Como don Santiago Carmona, eres incapáz de hacer el mal á sabiendas, de tomar por amigo á un tunante, de quitar el pan á un pobre, de embaucar con tu labia á los bobos, de pactar alianzas con lo impuro ó lo ruin, de manchar tu conciencia con la más leve mancha. Y sin embargo, el político Carmona, muchas veces—no digo siempre: ¿eh? no exajero, digo muchas veces,—sin darse cuenta de ello, insulta, calumnia, ridiculiza, arruína, mata, engaña y se llena la conciencia de lamparones. Ahí tienes.

SANT. ¿Yo hago todo eso?

MERC. No tanto, don Andrés, no tanto. Si yo no quiero que mi marido se meta en política, no es por nada de eso... es porque... se distrae y desatiende su casa y sus obligaciones.

SANT. Pero responde: ¿hago yo todo eso?

AND. Algunas veces, sí señor.

SANT. No basta decirlo, es preciso probarlo.

AND. Yo lo digo, y tú lo pruebas.

SANT. ¿Cómo?

AND. Con tus hechos.

SANT. ¿Cuáles?

MERC. ¿Cuáles?

AND. ¡Ea! ¡todos! (Incomodado.)

SANT. Cita uno: uno de esos hechos, en que según tú, aplico la *moral política* en vez de la *moral universal*. Vamos á ver, cita una de mis picardías, ¿por qué son picardías?

AND. ¡Lo son!

SANT. Pues venga una.

CRIADO (Anunciando.) ¡Don Valentín Pescador!

AND. Pues ya vino.

SANT. ¿Quién?

AND. Él: tu amigote.

SANT. Que pase (Al Criado.)

CRIADO. Pasó al despacho.

SANT. No: que venga aquí. (Sale el Criado.)

AND. Pues yo me voy allá dentro á charlar con Angeles.

SANT. ¿No quieres oir noticias del Distrito?

AND. Muchas gracias. ¿No me acompaña usted, Mercedes?

MERC. No. (Aparte.) (Me quedo: no me fío del gran agente electoral y político de mi ilustre esposo.)

AND. (Bien hecho. En guardia con ese hombre. ¿Eh?)

MERC. (Pierda ested cuidado.)

AND No me pasa de aquí. (Viendo venir á Pescador. Sale por la derecha, segundo término.)

ESCENA IV

DON SANTIAGO, DOÑA MERCEDES y PESCADOR, por la derecha, primer término.

PESC. ¡Mi querido don Santiago! (Muy afectuoso.)

SANT. Felices, Pescador.

PESC. Señora mía... mi querida Mercedes... (Con cariño.)

MERC. Felices. (Con cierta frialdad.)

SANT. ¿Qué noticias tenemos?

PESC. Fatales. La elección muy dudosa. Le hacen á usted una guerra á muerte. El Ministro de la Gobernación ha jurado por su honra política, que esta vez no será usted diputado.

SANT. Lo veremos.

PESC. Ya lo creo que lo veremos; pero es preciso que no se me venga usted con sus escrúpulos de costumbre. Don Santiago, los hombres superiores como usted no sirven para esta guerra de granujas. Usted siempre luchando como caballero con la tajante espada y de frente: ellos por la espalda y con puñal.

SANT. ¿Lo quieren? bueno. ¡Puñal, navaja, veneno, lazo corredizo! Vamos, concrete usted los hechos. ¿Qué hay?

PESC. ¡Que el distrito está minado! ¡Acuden á todas las armas!

SANT. ¡A todas las armas acudiré yo: guerra sin cuartel! (Muy excitado.)

PESC. ¿Sin cuartel? yo preferiría hacerles la guerra con un par de cuarteles, y por toda arma *la infantería.* (En tono do broma.)

MERC. Vamos, Pescador, no meta usted á mi marido en conspiraciones: eso sí que no lo consiento.

SANT. ¡Qué disparate, mujer! ¡Quién piensa en eso! Hablaba Pescador por hablar.

MERC Sí, por amor al arte. Siempre fué usted aficionado á la bullanga: por algo es usted amigo de los anarquistas.

PESC. Soy amigo de todos los que pueden servirme. (Con expontaneidad.)

MERC ¡Qué confesión!

PESC. Es decir, de los que pueden servir á don Santiago.

SANT. Es verdad: ¡venga esa mano!

PESC. Hacerle á usted triunfar de tantos rivales y de tantos envidiosos. (Como si no pudiera contenerse.) Decirle á usted: «Don Santiago, ya está usted en la cumbre, ya tiene usted el poder, haga usted de nuestra pobre España una gran nación. Su compañero fuí en la batalla; me separo de usted el día de la victoria.»

SANT. Eso sí que no ha de ser.

PESC. Lo he resuelto hace mucho tiempo. (Con sonrisa melancólica.) Para usted... para ustedes (Volviéndose á doña Mercedes.) la gloria, el poder, ¡todos los esplendores! Ustedes, arriba: el pobre Pescador á un rincón, viéndoles á ustedes subir. Yo soy asi: seré un tunante como sospecha Mercedes; (Sonriendo) ¡pero tengo corazón! y cuando quiero, quiero de veras... Vamos, que nunca aceptaré nada... ¡Créalo usted, don Santiago!

SANT. Como yo suba, no se quedará usted muy abajo: (Dándole una palmada en el hombro.) palabra de hombre honrado.

PESC. No se empeñe usted: no he de aceptar nada: no vendo mi lealtad, ni pongo á interés mi cariño. Que el mun-

do le haga á usted justicia: con eso me basta. Me había usted de dar una dirección, una subsecretaría... y no la tomaba.

SANT. ¡La tomará usted, y tres más!

MERC. ¿Hombre, le vas á dar cuatro subsecretarías? ¿Pero está permitido?

SANT. Tomará todo lo que le dé: cuatro subsecretarías ó veinte: lo que yo decida.

PESC. Perdone usted... nada .. absolutamente nada.

SANT. ¡Le digo á usted que sí! ¿Quiere usted que me enfade?

PESC. No se enfade usted; pero yo digo que no.

SANT. ¡Que sí!

PESC. ¡No me comprometa usted!... No y no.

SANT. ¡Pescador!... ¡Pescador!...

PESC. ¡Don Santiago, por Dios!

MERC. No se acaloren ustedes, que por el pronto no hay nada que dar ni que recibir, como no sean palos y coscorrones en el distrito.

PESC. ¡Esos para mí!

SANT. (Riendo.) Tiene razón: nos llama al orden.

PESC. ¡Siempre discreta! ¡Qué mujer tiene usted, don Santiago!

SANT. Ahora volvamos al distrito. ¿Qué pasa?

PESC. Hay que obtener á todo trance el apoyo del marqués de la Solanada: ¡tiene en *tres pueblos* más de cuatro mil votos!

SANT. ¿Pero cómo se consigue el apoyo del marqués? No es de mi partido, ya lo sabe usted: somos amigos, pero sin intimidad. Le confieso á usted que no veo...

PESC. Porque usted vuela por las alturas y desde allí no se ven las pequeñeces de la tierra. Por eso voy yo á ras del suelo separando chinitas.

SANT. Explíquese usted.

PESC. El marqués se presenta, ó se presentará, senador por la *Solanada*.

SANT. ¿Y qué? A ciento cincuenta leguas de mi distrito: no adivino qué relación pueda haber...

PESC. Oigame usted. Cuando llegue el día de la elección, el marqués ha de verse muy comprometido. . y él lo sabe.

SANT. ¿Pues cómo? ¡Si él es allí el cacique!

PESC. Le ha salido un enemigo, que parece muy modesto y que es formidable.

SANT. ¡Otro cacique! ¡Hombre, no puedo con el caciquismo! No había en toda España más que un cacique bueno y ese murió de apoplegía.

MERC. ¿Quién era?

SANT. El de mi distrito. ¡Gran persona! Me mandaba el *acta* y no me costaba un céntimo. Un caballero en toda la extensión de la palabra.

PESC. Nó, el enemigo del marqués no es otro cacique, como usted imagina. Es un pobre labrador, con mucha familia y tierras escasas. Estudió algo siendo joven y tiene sus ideas. Es un puritano intransigente, según cuentan. Duro de carácter y rígido de conciencia: el menor cosquilleo inmoral le extremece Le llaman el Tío Virtudes y tiene una influencia enorme en el distrito.

MERC. ¿Y por qué combate el Tío Virtudes á su cacique natural?

PESC. Porque dice, que el marqués no representa los intereses del pueblo, sino los suyos propios. Ahora verá usted.

MERC. Ya me va interesando el caso. Siga usted: ¡pobre Tío Virtudes!

SANT. ¡Pobre marqués! diría yo. Pues si á cada uno nos saliese un Tío Virtudes, nos habíamos divertido. Adelante.

PESC. Las tierras del Tío Virtudes no son buenas: su labranza es pobrísima. Atrasado anda en el pago de los impuestos: reclamaciones tiene hechas para que le rebajen las cuotas, que afirma que son injustas; y en suma, bien pudieran embargarle todas las tierras de un día á otro, porque el período electoral no ha empezado aún, en cuyo caso no tendría más recurso que echarse á pedir limosna por la carretera adelante.

SANT. ¡Pobre hombre!

MERC. ¡Qué lástima!

SANT. Pero todavía no veo en esa historia nada que me interese, por lo que atañe á mi distrito.

PESC. Ahora llegamos. En esta lucha implacable y desesperada, el marqués quiere aplastar á su rey Wamba, como le llama: hacer que le embarguen y obligarle á *capitular por hambre*, que es su objeto.

SANT. Pues que le embarguen. (Con indiferencia.)

MERC. ¡Sería una infamia!

SANT. Pues que no le embarguen.

PESC. Esa es la cuestión. El marqués quiere embargar; pero no puede. Da la maldita coincidencia que el empleado que había de activar el expediente de embargo, odia de muerte al marqués, porque en su día el marqués le dejó cesante (Riendo.)

SANT. ¿Y qué?

PESC. Que usted puede prestar un servicio inmenso al marqués. Lo sé por él mismo, como quien dice.

SANT. ¡Yo!

PESC. Usted: en cuyo caso él le daba á usted sus dos mil votos y su influencia.

SANT. Pero si yo no conozco á nadie en esa Solanada de mis pecados.

PESC. ¡Ya lo creo que conoce usted! El empleado que le ha puesto la proa al marqués ha sido siempre, y es hoy mismo, hechura de usted: uno de los pocos que quedan: á usted se lo debe todo: usted manda, y el obedece como un esclavo. Es Julián Robles... ¿se acuerda usted? Es el que llamaba usted *lanzadera*, porque se ha pasado la vida corriendo de una provincia á otra. ¡Trasladado *lanzadera*!... ¡trasladado!... ¡allá va lanzadera!

SANT. (Riendo.) ¡Sí, sí... lanzadera... allá va lanzadera! ¡Es muy bueno... y muy fiel... fiel como un perro de aguas! ¿Y qué?

PESC. Que usted me escribe una carta para lanzadera, diciendo: «á embargar al *Tío Virtudes* sin compasión:» se la entrego al marqués, y él me da otra carta para

su apoderado, ordenando que le saque á usted vencedor á todo trance. ¡Elección segura! ¡me parece que yo hago las cosas en regla!

MERC. Lo que á mí me parece es que propone usted á mi marido una indignidad.

PESC. ¡Por Dios, Mercedes!

SANT. No, Pescador, no es posible: yo no hago daño á nadie: ¡pobre Tío Virtudes!

PESC. Pero, señor, ¿dónde está la indignidad? ¿Debió pagar el rústico su impuesto? Sí. ¿Lo pagó? No. ¿Procede el embargo? procede. ¿Se le embargó? no se le embargó. Pues se faltó á la ley, y usted restablece la legalidad: afirma el derecho: vigoriza la Hacienda: sirve al marqués, y de paso sale usted diputado. ¿Qué hay en todo esto que vulnere, que dañe, que quebrante la ley jurídica ni la ley moral?

MERC. Esas son argucias: sería una picardía, una infamia, una cosa repugnante.

SANT. No tanto, mujer. Pescador tiene razón: sería .. sería... perfectamente legal...

PESC. Entonces...

SANT. No puede ser, Pescador; no puede ser. Este cambio de favores electorales... (A Pescador.) y desde lejos... una carta, y que arruinen á ese hombre... otra carta, y que me den la elección hecha... un acta por un embargo... ¿Qué sé yo? hay algo que me repugna en todo esto, con no tener la conciencia tan cosquillosa como el Tío Virtudes.

PESC. Pues sin el apoyo del marqués, pierde usted la elección.

SANT. ¡Quién sabe! y si la pierdo, ¡qué remedio!

PESC. ¡Don Santiago, usted no se pertenece! (Con exaltación.)

MERC. Pertenece á su familia.

PESC. ¡Y á sus amigos, y á su partido, y á sus ideales políticos! Nuestro gran partido tiene puesta su esperanza en usted, don Santiago: usted lo sabe como yo.

SANT. No niego que me distingan con sus simpatías mis correligionarios.

PESC. ¡Y si usted no se *arrincona*, si hace usted una campaña brillante, como la hará usted, si va usted al Congreso!... ¡Oh! yo sé todo lo que usted puede... Si en alguna sesión memorable presenta usted al país *su programa*... ¡aquel programa que me bosquejaba usted!...

SANT. (Con exaltación.) El único que puede salvar al país... ¿qué digo salvar? arrancarlo de su postración, y llevarlo potente y regenerado al concierto de las grandes potencias. ¡Oh! ideas .. las tengo. Fé... no me falta. Empuje... me sobra.

PESC. ¡Y elocuencia maravillosa... y talento profundo... y vista de águila!...

SANT. ¡Pescador! (Protestando con modestia, pero satisfecho.)

PESC. Don Santiago, usted no puede abandonarnos, ¡sería hacernos traición! Compare usted el bien que podría usted hacer á la patria con el daño insignificante, ruín, transitorio, puramente transitorio, que causa usted á un obscuro labriego. Además, que en cuanto se le amenace de veras, el Tío Virtudes cede: yo conozco á estos catones rurales. Y por fin, lo he dicho, es un daño transitorio; en cuanto salga usted diputado, ya procuraremos que se le levante el embargo.

SANT. No: sobre eso no hay discusión: el embargo se le levanta. A mí no me gusta aplastar á la pobre gente.

MERC. ¿Pero vas á ceder?

SANT. ¡Qué se yo!

PESC. ¿Pero usted vacila? ¿Pero cabe la menor duda entre la idea vigorosa y fecunda de una gran política y la terquedad de un zafio; entre el hombre que ha de transformarnos volando por las altas esferas, y un sér mezquino pegado como lapa á un campo arcilloso? ¡Ah, Mercedes! ¡qué responsabilidad la de usted ante la historia!

MERC. (Riendo.) Mire usted, la historia me tiene sin cuidado.

PESC. Los grandes hombres no han sentido nunca esos escrúpulos: *lo mezquino* siempre fué sacrificado á lo

grande: sin estos sacrificios dolorosos, pero necesarios, el progreso no es posible... no es posible.

MERC. Yo no entiendo de eso, Pescador; pero el mejor camino sería aquel en que, marchando todos juntos, los elefantes no aplastasen á las hormigas.

PESC. ¡Siempre poética! Don Santiago, la carta para Lanzadera.

MERC. No consientas.

SANT. No puedo, Pescador: son preocupaciones, bien lo conozco.

PESC. Sin el apoyo del marqués pierde usted la elección.

SANT. (Muy incomodado.) ¡Y usted tendría la culpa! ¡Esas cosas debía usted hacerlas sin pedirme mi opinión, sin alarmar mi conciencia! ¡Yo no puedo ocuparme de todo! ¡Bastantes preocupaciones tengo! mis nervios están en danza perpétua. ¡Ea... eso... allá usted!

PESC. ¿Pero cómo?

SANT. Escribiendo en mi nombre á *lanzadera* sin decirme nada y sin que se enterase Mercedes: vamos, que yo me lo encontrase hecho.

PESC. ¡Ya!... (Riendo.)

SANT. No: ya no, ya es tarde. ¡Dió usted la voz de alerta... y yo soy un pobre hombre, un pazguato!... (Muy enojado consigo mismo.)

MERC. Eres un hombre honrado.

SANT. Bien se reirán de mí en Gobernación.

PESC. No... ya se ríen.

SANT. ¿Se rien?... ¿Se ríen ya?

PESC. Saborean de antemano la derrota magna de don Santiago Carmona.

SANT. ¿Qué dicen?

MERC. No cuente usted nada.

SANT. ¿Qué dicen?... ¡Cuéntelo usted todo! (Muy nervioso.)

PESC. Celebran unas caricaturas que les han mandado del distrito.

SANT. ¿Salgo en ellas?

PESC. Sale el apóstol Santiago.

SANT. Pero eso no tiene gracia.

PESC. Pues á ellos les hacía mucha... ¡cómo celebraban la ocurrencia!... ¡Qué carcajadas!

SANT. Espere usted, Pescador.

MERC. ¿A dónde vas?

SANT. A escribir la carta. De mí no se burla nadie. Después veremos lo que se hace en favor del Tío Virtudes: por el pronto se le embargan todas sus virtudes, aunque tenga más que las que trae el Catecismo.

MERC. ¡Pero Santiago, por Santiago!...

SANT. ¡Ni por San Juan!... (Sale por la derecha.)

ESCENA V

DOÑA MERCEDES y PESCADOR

PESC. (Sonriendo y siguiendo con la vista á don Santiago.) ¡Yo hago de don Santiago lo que quiero! Y en esta casa hay que echar raices. (Aparte.) Con que ya ve usted. (En voz alta.)

MERC. Veo que obliga usted á Santiago á cometer una infamia muy grande.

PESC. ¡Por Dios, Mercedes!... ¡un rústico!... ¡un sér tan pequeño!

MERC. Sí señor: una infamia muy grande. Con un sér muy pequeño se puede cometer una infamia muy grande. Ahí tiene usted.

PESC. No le dé usted al caso, con su riquísima imaginación, proporciones que no tiene. ¡Un granillo de arena!

MERC. De granos de arena se forman las montañas; y de pequeñas perfidías, de crueldades insignificantes, de polvillo de iniquidad, se forman las grandes catástrofes. Esto no lo he inventado yo, ¿eh? lo he leído no sé dónde; pero es verdad. Y es usted... nadie más que usted, el autor.

PESC. ¿Y por quién hago yo todo eso? ¿por mí acaso? ¿qué voy ganando? (Acercándose.)

MERC. Usted lo sabrá.

PESC. No es por mí, Mercedes: es por don Santiago, por mi cariño á esta familia: él será un gran hombre, quizá el primero de España... y su triunfo... su gloria... reflejará sobre usted.

MERC. Muchas gracias: tengo la vista delicada, toda clase de reflejos me ofenden.

PESC. (Sentándose junto á doña Mercedes y en tono bromista y expansivo.) Con franqueza, usted tiene mala opinión de mí.

MERC. ¿Yo?

PESC. Usted imagina que soy un ambicioso, un egoísta, un parásito que se adhiere á don Santiago para medrar con su jugo; que quiero explotar esta casa: que vengo á ser algo así como el Tartufe de otro tiempo, aunque en esfera modestísima. ¿No es esto? ¡la verdad, Mercedes! (Riendo.)

MERC. ¡Qué cosas dice usted, Pescador! (Riendo.) Tiene usted gracia: á veces le oigo con gusto.

PESC. ¡Qué mal me conoce usted! (En tono serio y triste.) ¡No soy lo que usted supone!

MERC. ¿Ahora acude usted á la poesía sentimental?

PESC. ¡Y usted al sarcasmo!

MERC. ¡Por Dios, Pescador!

PESC. ¡Por usted!... (Con calor: doña Mercedes le mira: él se contiene.) y por don Santiago... es decir, por esta familia, apuraría yo gustoso todo un cáliz de amargura.

MERC. Se agradece, y buen provecho.

PESC. ¡Siga usted llevándome por mi calvario!... ¡Que por usted subo yo gustoso á la cruz! (Con pasión no muy exagerada.)

MERC. (Pequeña pausa: Mercedes se vuelve y la mira fijamente.) ¿Á cuál de las tres?

PESC. (Quedándose un poco parado.) (¡Diablo de mujer! ¡qué guapa y qué insolente!) A la que usted me designe: si no merezco otra, á la del mal Ladrón.

MERC. Es usted muy modesto.

PESC. Y usted muy cruel.

MERC. Yo no tengo que ser cruel con usted: me basta con ser justa. (Se levanta.)

PESC. (Esta mujer es un erizo.)

MERC. (Este hombre es un tunante: don Andrés tiene razón.)

ESCENA VI

DOÑA MERCEDES, PESCADOR, ÁNGELES y DON ANDRÉS

ANG. ¿Ve usted? (A don Andrés.) ¡no están aquí: lo que yo dije: pasaron al despacho de papá! ¿A qué vienen? ¿lo sabes tú? (A su madre.)

MERC. Pero ¿quiénes?

ANG. Les ví desde el invernadero. ¿Verdad que les vimos? (A don Andrés.)

MERC. Pero ¿á quienes vieron ustedes?

ANG. Al bueno de *vice-versa*. (Riendo.)

AND. Niña, no seas burlona.

MERC. ¡Vamos, Angeles!

PESC. A madre implacable, hija burlona!

ANG. No, si le quiero bien: si el pobrecillo es muy simpático. Pero como todos ustedes dicen, «vice-versa,» lo dije sin pensar. Vamos, me corregiré: vi entrar á don Lorenzo Minuta, y venía con él un joven capitán ó teniente... no sé... él usa un uniforme muy bonito.

AND. Pues no traía uniforme ahora.

ANG. Bueno; pero yo le conozco, ¿le conocemos, verdad, mamá? vive enfrente y le encontramos con frecuencia y nos cede el paso... y ayer nos saludó.

MERC. Pues hija, no sé quién es.

ANG. Sí, mamá; si debes acordarte: un joven oficial muy simpático... Tú lo dijiste: «¡Qué simpático es ese oficial!»... Una vez que nos libró de un coche, le hablamos...

MERC. ¡Ah!... sí... ahora recuerdo: ¿conoce á tu padre? ¿á qué viene?

AND. No sé.

PESC. Yo tampoco; pero lo adivino: será uno de tantos, entre los correligionarios y admiradores de don Santiago, y habrá querido estrechar la mano *del gran hombre*: conque aprovechando su amistad con Minuta, le habrá dicho: «Preséntame, quiero conocerle de cerca.» Esto nos sucede todos los días.

ANG. Eso será: le quieren mucho á papá.

PESC. Es achaque de la familia: todo el mundo quiere mucho al papá, y á la mamá y á la niña.

MERC. ¡Qué remedio! nos resignaremos.

AND. Pues ese joven tiene una fisonomía muy inteligente.

MERC. Sí, es verdad: es muy simpático.

ANG. ¡Muy simpático!

PESC. Hay personas afortunadas: personas que *tienen ángel*: quién sabe si andando el tiempo aumentará la corte celestial á su alrededor y tendrá *ángeles*.

ANG. No sea usted impertinente.

PESC. (Riendo.) La mamá me llamó antes *infame*: ahora me llama la hija *impertinente*: y usté, ¿que me llama, don Andrés?

AND. Yo no le llamo á usted nunca.

ANG. Ya están aquí. (Mirando hacia el despacho.)

PESC. Presentación tenemos.

ANG. Ahora le conoceremos.

PESC. Y quién sabe si nos enamoraremos.

ANG. ¡Qué irresistible es usted!

PESC. Muchísimas gracias.

ESCENA VII

DOÑA MERCEDES, PESCADOR, DON ANDRES y ANGELES; por la puerta del despacho entran DON SANTIAGO, LUIS y DON LORENZO MINUTA

SANT. Tengo el gusto de presentaros (A doña Mercedes y Angeles.) á don Luis... ¿cómo? Dispense usted...

LUIS. Rodrigo.

SANT. A don Luis Rodrigo... oficial de gran porvenir... y muy entusiasta por nuestras ideas. Conque debéis recibirle y tratarle como á un buen correligionario y á un buen amigo.

LUIS. ¡Señora!... ¡Señorita!...

MERC. Yo no tengo correligionarios, por más que se empeñe mi señor esposo; ni tampoco los tiene Angeles; ni mucho menos don Andrés Igualada; (Presentándole.) pero tenemos amigos. (Dándole la mano.)

LUIS. Nací ambicioso: lo confieso. Tanto, que al título de amigo de ustedes aspiraba hace mucho tiempo: hoy colmé mi ambición.

SANT. Dejadme á este joven un momento, que quiero presentarle á mi buen amigo... don José María Pescador. (Presentando uno á otro.) *Uno de los nuestros*: y éste (Por Pescador, dirigiéndose á Luis.) no desdeñará el título de correligionario.

PESC. (Dándole la mano.) Ni el de amigo.

SANT. ¡Oh! Serán ustedes muy amigos y muy correligionarios. Pescador tiene predilección por el ejército; porque él dice y dice perfectamente... es como un eco de lo que todos pensamos... ¿Qué es el ejército?

AND. (¡Se apoya en la silla! ¡Discurso tenemos!) (Aparte.)

SANT. El ejército es un gran elemento político y civilizador de nuestro siglo. Elemento de libertad, elemento de orden, elemento de integridad nacional. ¡Ah, señores!

AND. Y señoras.

SANT. Y señoras: nunca el ejército regatea su sangre para ninguna empresa noble. Sin él estaríamos en los tiempos del absolutismo: y sin él caeríamos *hoy mismo en el abismo*. Sin él la Europa entera viérase anegada por las tremendas olas de la anarquía, que avanzan espumosas desde los negros y rugientes mares del dolor y de la miseria. ¡Ah, joven, *ustedes* fueron revolucionarios cuando había derechos políticos que conquistar, y una vez conquistados, ustedes son ba-

rrera inexpugnable ante los nuevos bárbaros de la revolución social! Porque, ¡ah, señores! hay revoluciones y revoluciones: las que conquistan derechos y las que atropellan todos los derechos. Yo saludo en usted, y saluda Pescador y saludamos todos, al representante en este momento, y en mi modesta vivienda, de una gran institución y una gran fuerza, ¡el ejército! que ayer abrió á la libertad la plaza pública y que hoy protege contra el anarquista el hogar doméstico (Todos se acercan y le felicitan.)

LUIS. Es usted muy amable, don Santiago: (También Luis quiere echar su peroración y también se apoya en la silla.) y sus discursos de usted en el Parlamento... discursos que España entera aplaude... y que siempre he leído con verdadero entusiasmo... Pues esos discursos... claro está que si los he leído con entusiasmo... es que me han entusiasmado... y porque verdaderamente me han entusiasmado... (Ya en tono natural.) Bueno, pero yo no sé decir estas cosas. Yo no soy nada de eso que usted, por galantería, me ha dicho. Soy muy joven y no he realizado todavía ninguna gran empresa... ¡Las realizaré si es preciso, créanme ustedes, porque tengo corazón!... Pero la verdad es que no las he realizado. Por lo tanto, don Santiago, yo no represento nada... como no represente á mi compañía. De todas maneras, yo le agradezco á usted y agradezco á esta señora y á la señorita Angeles, el que me hayan recibido... como yo no merezco. Y yo, y mi compañía, estamos á la disposición de ustedes.

PESC. ¡Quién sabe si alguna vez necesitaremos acudir á ella!

LUIS. ¿A quién?

PESC. A su compañía de usted: á la que usted manda tan bizarramente.

MINUTA. (Que ha estado modestamente en un rincón, después de saludar á las señoras, rompe y se pone en primer término.) ¡Eh, poco á poco! No, por Dios, Luis, no le hagas caso á éste. (Señalando á Pescador.) Tiene malas mañas: es muy le–

vantisco y cada mes te propondrá una sublevación. Él es así: hoy me sublevo yo, mañana te sublevas tú y vice-versa. Don Santiago, seriamente se lo digo á usted: es preciso que contenga usted á Pescador. Lo que el país quiere, es mucho orden y una administración estable. Que el empleado no esté *con el alma pendiente de un hilo* y vice-versa: pensando todas las noches: «¿si estará el ministro ahora mismo cortando el hilo?» y pensando todas las mañanas: «¿si cuando llegue á la oficina me encontraré el hilo cortado?» y vice-versa.

PESC. Vamos, amigo Minuta, lo que usted quiere es conservar su destino con los unos y con los otros, y vice-versa.

MERC. (A Luis y á don Andrés.) ¡Pobre hombre, y hace bien! ¿Ha de preferir morirse de hambre?

MINUTA. Poco á poco, señor de Pescador: yo no soy un aventurero: yo soy un hombre honrado y un funcionario público. Yo cuento veintinueve años de servicios al Estado día por día... ¿entiende usted? Tengo mis ideas políticas, eso sí; ya sabe don Santiago que soy de los suyos, y con mucha lealtad y mucha consecuencia. Pero abomino todo desorden, todo motín, toda conspiración, todo acto de fuerza, todo lo que pueda comprometer la paz pública. Créame usted, don Santiago, no se deje usted arrastrar por éste. ¡Mire usted que así lo perdemos todo!

PESC. Y hasta puede usted perder su empleo.

MINUTA (Indignado.) ¡Yo soy un hombre de honor y de principios! sé lo que debo á mi partido, ¡que es el de don Santiago! y cuando llega el caso... óigalo usted bien... yo, ¡sé tirar mi empleo por la ventana y vice-versa!

SANT. ¡Es usted sublime, amigo Minuta!... ¡tirar la ventana por el empleo! eso no lo hace todo el mundo. No tema usted: orden, mucho orden: paz, mucha paz: estabilidad en el personal de la administración: nada que ponga en peligro sus sagrados derechos ni su existencia honrada. ¿Qué tal?

MINUTA. Ese .. ese es el verdadero programa: con ese programa, el país entero está con ustedes... y ustedes con el país entero... y vice-versa.

LUIS. (A doña Mercedes.) Pues yo le quiero mucho á Minuta: es muy buen chico.

ANG. Muy bueno.

AND. Y muy honrado.

SANT. Oiga usted, Pescador. (Se forman dos grupos: á la derecha, doña Mercedes, Angeles, Luis y don Andrés: á la izquierda, don Santiago y Pescador; paseando entre unos y otros, Minuta.)

PESC. ¿Escribió usted la carta?

SANT. Aquí está: (Entregándole la carta.) yo no me dejo vencer sin luchar. Que perdone el Tío Virtudes, pero es preciso. Se le embarga...

PESC. ¡Hasta la respiración!

MINUTA. (Que ha oído algo.) ¿Qué dice usted de conspiración? (Alarmado.)

PESC. No, hombre: respiración.

MINUTA. ¡Ah! respiración... eso no me importa. (Acercándose á doña Mercedes.) ¡Mucho cuidado con Pescador: cualquier día compromete á don Santiago y nos compromete á todos!

MERC. Tiene usted razón, Minuta. Amigos como usted necesita Santiago.

MINUTA. Sí señora: amigos como yo, necesita él: y protectores como él, necesito yo... y vice-versa. (Sigue paseando de uno á otro grupo.)

PESC. ¿Está usted decidido?

SANT. Decidido: yo soy así. Esta misma noche salgo para el distrito y de allí no me muevo hasta que me tráiga el acta. ¡Una lucha á muerte! ¡En el pavés, ó sobre el pavés! Usted despacha todo esto que le dejo y á principios de semana se va usted á buscarme al distrito.

PESC. ¡Será preciso gastar mucho!

SANT. ¡Se gasta!... Por unos cuantos miles de duros no ha de quedar.

MINUTA. (¡Dinero para la conspiración!... ¡Malo, malo, malo!... Esta vez no escapo. «¡Don Lorenzo Minuta, cesante, con el haber que por clasificación le corresponde!» Seguro... seguro... ¡Si el jefe tenía *esta cara una mañana*... no, vice-versa: esta mañana una cara! que yo dije: «¡Lorenzo, que te quemas como tu santo!» Pero al menos á él no le dejaron cesante.) (Sigue paseando, pero luégo se sienta al lado de Luis. Don Santiago y Pescador arreglan papeles y cartas en una mesita que debe haber á la izquierda.)

LUIS. No señora: no tengo familia en Madrid. En rigor no tengo familia en ninguna parte. Es decir, tengo una familia enorme. Vamos, media familia.

MERC. Cualquiera le entiende á usted. (Riendo.)

ANG. Déjale que se explique.

AND. El enigma es enredado: ¡sin familia... familia enorme... media familia!

SANT. (Acercándose al grupo: Minuta con mucha solicitud le deja su silla y se va con Pescador.) A ver qué cuenta el joven oficial. (Pescador se sigue arreglando papeles.)

LUIS. Les estoy explicando un enredijo de dos mil... pues no iba á decir de dos mil de á caballo: ¡dos mil!... ¡ay, perdonen ustedes! Pues verán ustedes. Digo que aqui no tengo familia, porque vivo solo: ahi enfrente: en una casa de huéspedes: con Lorenzo. Le conocí una vez que el pobre Minuta quedó cesante.

MINUTA. ¡Minuta cesante!

LUIS. Sí.

MINUTA. ¿Qué?

LUIS. Les contaba cómo nos conocimos.

MINUTA. ¡Ya!

LUIS. Y digo que no tengo familia en ninguna parte, porque no tengo madre: murió la pobre hace año y medio. Era una santa y ¡me quería!... ¡cómo me quería!... ¡cómo lloró cuando al volver yo de Cuba, me vió con mi uniforme de teniente! (Cambia de pronto de tono.) Don Santiago, hace tres años que soy teniente, ¡y sin

ascender! Don Santiago, esto no es posible: las escalas no corren. Esto tienen ustedes que arreglarlo: así no podemos seguir.

SANT. Ya se arreglará.

LUIS. Sí señor; hay que arreglarlo, porque hay mucho disgusto. Yo lo sé por mí y por los compañeros. Todos dicen: los hombres políticos no se ocupan de nuestras escalas.

AND. Se ocupan de las suyas.

MINUTA. ¿Y las nuestras, se han de quedar así?

AND. Nada, arriba todo el mundo: escalamiento general.

MERC. Pero no acabó usted de explicarnos cómo es que no teniendo familia, tiene usted una familia enorme.

LUIS. Es verdad: perdonen ustedes: quizá les molesto hablando tanto...

ANG Al contrario... (*Sin poder contenerse.*) ¿Verdad? (*A su madre.*)

MERC. Le oímos á usted con muchísimo gusto.

LUIS. Es usted muy amable... (*A Angeles*) es decir, son todos ustedes muy amables. No tengo aquí familia, ya lo he dicho, porque vivo solo. Y no la tengo en ninguna parte, porque murió mi pobre madre. ¡Sin una madre no hay familia! ¿Verdad, señora? ¡Porque una madre, aunque uno sea todo un hombre, y ciña espada y se atuse el bigote, cuando llega el caso, una madre da un beso, y lloriquea y se le cuelga á uno al cuello! Pues esto no lo puede hacer nadie más que ella. ¡Que venga otra persona á besarle á uno y á lloriquear! Pues si no tengo madre, claro está, no tengo casa, ni familia, ni nada; se acabó: no tengo más que el cuartel, los chicos de la compañía y el sargento Pérez, ¡que es más bruto!... pero ¡muy bueno y muy leal! (*Riendo.*)

ANG. (*A su madre.*) (¡Qué bueno es!... digo, me parece.)

MERC. (*A su hija.*) (Muy simpático.)

SANT. (*Aparte.*) (¡Me gusta este chico!)

LUIS. Y ahora, á lo otro: tengo media familia, porque tengo á mi padre; pero como lo tengo lejos, allá en el pue-

blo, por eso lo tengo á medias. ¡Ah! ¡mi padre! Señora, eso es lo que hay que ser de honrado y de trabajador. ¡Y con un talento natural! ¡Y sabe! ya lo creo: estudió cuando joven: sabe más que yo: ¡qué tontería he dicho! para saber más que yo no se necesita mucho. Y es bueno y cariñoso; pero no es expansivo como era mi madre: todo va por dentro. Yo digo que mi madre era como el agua clara del río que corre á la vista, muy clara y muy alegre. Y que mi padre es como esos terrenos muy empapados, pero en que no se ve el agua; si no se ahonda, nada, y como se ahonde... un pozo sin fin con agua tan clara, y tan fresca y tan pura como la del río. ¡Pues no! ¡como que es agua de filtro: cariño que se filtró por todas las entrañas! (Con entusiasmo.) Dispensen ustedes: ¡qué cosas digo! es que en el cuartel, como no tengo otras ocupaciones, me doy á leer y leo de todo, ¡y me armo unas poesías! (Riendo.)

ANG. ¡También poeta!

LUIS. No: eso no: pienso cosas; pero no las escribo nunca. Ni debia decirlas.

MERC. ¿Por qué no?

LUIS. Porque no está bien. ¿Qué pensarán ustedes de mí? ¡Pero me inspiran ustedes tanta confianza... son ustetedes tan buenos!

AND. ¿Y el familión de que nos hablaba usted?

LUIS. ¡Ah! sí: entre hijos y sobrinos... ¡qué se yo!... tiene mi padre que dar de comer á seis ó siete personas. Yo le ayudo como puedo; pero ya saben ustedes á lo que alcanza la paga de un teniente. Don Santiago, ustedes no piensan en esto: ¡no es posible, no es posible! ¡las escalas... por Dios, las escalas! Yo no voy al café, yo no juego, yo no fumo, yo no bebo...

MINUTA. Ni yo tampoco.

LUIS. (Levantándose.) Minuta, yo creo que debemos marcharnos: estoy molestando á estas señoras: ya debí marcharme antes; pero la verdad, no sabía cómo. Una

retirada lucida en el campo de batalla, como en una visita, es cosa muy difícil y de mucho mérito.

MERC. Tendremos mucho gusto en verle á usted con frecuencia...

ANG. Con frecuencia... (Conteniéndose.) cuando usted buenamente pueda.

LUIS. ¡Yo puedo siempre!... (Conteniéndose también.) pero no siempre debo molestar á personas que tan bondadosas se muestran conmigo.

SANT. Cuente usted con nosotros, querido Luis. Un partido necesita de la juventud, ya maneje la pluma, ya esgrima la espada. Y si yo salgo diputado, como espero, algo haré por persona tan simpática.

LUIS. ¡Pues no ha de salir usted diputado! ¡no faltaba más! ¡un hombre como usted!... ¡se aplasta á todo el mundo, y adelante!

SANT. Pues adelante y cáiga el que cáiga. Esta noche me voy al distrito... pero á la vuelta...

PESC. ¡Y á luchar sin escrúpulos!

LUIS. Sin escrúpulos.

MERC. (¡El contagio!) (A don Andrés señalando á Luis.)

SANT. ¡La victoria! (A Luis.)

LUIS. (¡Es un sol!) (Mirando á Ángeles.)

ANG. (¡Qué simpático!) (Aparte.)

ESCENA VIII

DOÑA MERCEDES, ANGELES, DON SANTIAGO, DON ANDRÉS, PESCADOR, LUIS, MINUTA y UN CRIADO; después CONPAÑERO 1.° y COMPAÑERO 2.°

CRIADO. (A don Santiago.) Dos señores... dos personas que preguntan por el señor Pescador. Dicen que les ha dado cita... aquí.

PESC ¡Ah! sí: mis dos amigotes: mis dos anarquistas.

MERC. ¡Qué horror! (Con movimiento para huir, pero no muy marcado.)

ANG. ¡Qué miedo! (Acercándose á su madre.)

SANT. Que pasen á mi despacho. (Al Criado.)

MERC. Que pasen por aquí para verlos. (*Sin poder ocultar su curiosidad.*)

ANG. Sí, yo quiero verlos. (*Aprotándose contra su madre.*)

SANT. Pues que pasen por aquí. (*Al Criado: éste sale.*)

AND. Por Dios, Santiago...

SANT. ¡Qué quieres, hijo! Dice Pescador que esos dos tienen influencia en el distrito y es preciso en la batalla utilizar todas las fuerzas. Todo, todo con tal de vencer: se le ruega á Dios ó se acude al diablo: se pacta con los anarquistas, con los nihilistas, con todas las legiones infernales y de ahi... para arriba.

AND. O para abajo.

LUIS. Así, así... ¡Todo un hombre! ¡Si es preciso, cuente usted con mi compañía!

SANT. Si estuviese usted en el distrito, le cogería á usted la palabra.

CRIADO. Pasen ustedes. (*Tras él entran con cierta timidez los dos anarquistas. Todos les observan con curiosidad: las señoras con miedo.*)

PESC. Pasen ustedes. (*Se adelantan lentamente.*) Tengo el gusto de presentar (*Dirigiéndose á don Santiago.*) á mis buenos amigos... dos honrados ciudadanos y dos fieros anarquistas... (*Riendo.*)

SANT. Señores... (*Los dos se inclinan.*)

COMP. 1.° Para servirle... (¡Nos llama señores! ¿has oido?) (*Al Compañero 2.°*)

COMP. 2.° (¡Ya, ya!)

SANT. Tengan ustedes la bondad de venir á mi despacho. Les enseñaré el camino. (*Se dirigen al despacho don Santiago, Pescador y los dos anarquistas.*)

COMP. 1.° (*Al Compañero 2.°*) (¡Mira, mira qué burgueses tan majos y tan bien mantenidos! ¡A estos los cuelgo yo cualquier día!)

COMP. 2.° (*Al Compañero 1.°*) (¡Mira, mira qué lujo! ¡Todo esto es nuestra sangre! ¡Esta casa la quemo yo cualquier día!)

LUIS. (*A los que forman grupo con él.*) ¡Vean ustedes qué caras: á esos los fusilo yo cualquier dia!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANGELES y DON ANDRÉS, que acaba de entrar.

AND. ¿Conque tu señor padre no dió señales de vida?

ANG. Si no ha despertado hace poco, durmiendo sigue. Vino cansadísimo: ¡ya ve usted, mes y medio trabajando en el distrito! ¡Tanto disgusto y tanto discurso! Vamos, que le va á matar la política.

AND. De eso quisiera yo convencerle, pero no lo consigo. ¡Y qué humor trae!

ANG. ¡Ay, Dios mío, muy mal humor, muy malo! ¡Él, que es tan cariñoso, tan bueno... pues entró en casa!... ¡ya, ya!... ¡y nos trató!... le digo á usted que nunca le he visto así. Ya ve usted, trabajos, afanes, gastos... porque ha gastado muchos miles de duros. (Como en secreto.)

AND. Dímelo á mí, que por orden repetida y terminante de tu papá le he entregado á Pescador quince mil duros para gastos electorales. Por decontado, después de consultar con tu madre. ¡Vamos, una locura!

ANG. ¡Qué lástima de dinero! ¡Cuántos trajes se podrían hacer con quince mil duros!

AND. ¡Y á cuántas familias podría socorrerse!

ANG. Sí señor, á muchas: y aún sobraría para algún traje y para algún viajecito al extranjero. ¡Quince mil duros dan mucho de sí!

AND. Pues ya cayeron en las redes de Pescador para gastos electorales. Dios sabe á dónde irán a parar.

ANG. Señor, ¿cómo es que cuesta tanto un acta de diputado? ¡Quince mil duros! ¡Pues con tanto afanarse y tanto gastar, no la trae: viene derrotado: se la robaron: así lo dijo: ¿ve usted qué infamia? Pero es lo que yo digo: si el acta es suya, tan suya que le ha costado su dinero, ¿por qué se la quitan? Y si se la quitan, que le devuelvan lo que dió por ella: esto es lo natural y esto se hace en todas las tiendas. ¿No es verdad? Devuelvo la tela... me devuelven el dinero.

AND. Pues ahí verás tú: cosas que pasan en el mundo: porque en el mundo pasan muchas cosas.

ANG. Ya lo creo; ¡es tan grande y hay tanta gente!

AND. Y eso que no nos conocemos todos, que si nos conociésemos no nos podríamos sufrir.

ANG. Ya, ya: estamos como queremos.

AND. Y don Luis Rodrigo, el *bizarro militar*, ¿está como quiere?

ANG No sé, porque ayer no vino: es un ingrato, como todos los militares .. ¡Porque llevan uniforme majo y espada brillante, no hacen caso de nosotros los paisasanos!... ¡atrás, paisano!

AND. Anda, ¿tú eres paisano?

ANG. No sé lo que soy; la hija de un candidato derrotado, y con quince mil duros menos.

AND. ¿Estás de mal humor hoy?

ANG. Como todos en casa. Papá, no se diga. ¡Pues mamá!.,. ayer tuvo una conferencia muy seria con Pescador... sería por ese dinero; me parece á mí. Entré de pronto y estaba mamá en pié muy sofocada y Pescador muy

confuso. Sospecho que mamá le había dicho las verdades del barquero.

AND. Es natural: ¡á un pescador qué otras verdades se le van á decir! Aunque éste no es pescador de barca, sino de caña.

ANG. Pues mamá le había dado cañazo, según estaba él. Y al despedirse no le dió la mano, y cuando yo fuí á darle la mano á Pescador, mamá me llamó con mucho imperio... ¡Angeles!...

AND. ¿Y para qué le dabas tú la mano á Pescador?

ANG. La mano se le da á cualquiera.

AND. ¿También á Rodrigo?

ANG. Cuando se la doy á Pescador, no había de negársela á Luis.

AND. Como los militares son tan ingratos, tan dominantes y tan fanfarrones...

ANG. Yo no he dicho eso. Luis no es fanfarrón: pues si el pobre es más natural...

AND. Tan natural, que naturalmente inspira simpatías.

ANG. ¿Por qué no?

AND. Yo no me opongo: quien acaso se oponga será tú padre.

ANG. ¿Á qué ha de oponerse?

AND. ¡Qué sé yo!

ANG. Pues yo menos.

AND. Resulta que no sabemos nada.

ANG. Cuando no hay nada que saber... no se sabe nada.

AND. ¿Entonces, por qué te pones encarnadita?

ANG. ¡Yo!... ¡Qué idea!... ¿oye usted?... Creo que ha despertado papá... vaya usted, vaya usted á ver de qué humor amanece.

AND. Me voy... ya me voy...

ANG. Pero pronto...

AND. Ignominiosamente expulsado...

ANG. ¡Vamos!...

AND. Ten paciencia .. los viejos no podemos correr como las niñas...

ESCENA II

ANGELES

Al fin... es de plomo... (*Mirándose á un espejo.*) Y es verdad: me he puesto como una amapola: por cualquier cosa me pongo encarnada. Si Luis me dice que soy bonita... encarnada. Si me mira de cerca... encarnada. Si le veo en el teatro... encarnada... ¡Y como siempre me dice cosas, y siempre me mira, y en todas partes le encuentro... me paso la vida entre sofocón y sofocón! Esto debe ser una enfermedad. Ya va pasando: y hoy estaba pálida: como ayer no vino Luis, no tuve que sofocarme. Pobre Luis: estos días está muy triste: claro, no corren las escalas y se pasa la vida de subteniente. Y un subteniente, ¿cómo se casa? ¿Qué mujer se resigna á ser subtenienta á los dieciocho años? Tiene razón papá: va muy mal la política, muy mal. Á papá le roban el acta y Luis no asciende. Si al menos Luis llegase á capitán... capitana... No, pues no suena bien ¡capitana! ¡capitana! parece que va una en diligencia. Bah, con la influencia de papá, en seguida le hacen coronel... ¡coronela! ¡coronela!... ¡Ay, tampoco!... ¡Está visto!.. ¡Entre el Gobierno y los mayorales han estropeado las escalas!... ¡Qué lástima!

CRIADO. El señorito Luis.

ANG. ¡Ah!... que pase...

CRIADO. ¿Avisaré á la señora?

ANG. No... yo avisaré á mamá... que pase. (*Sale el Criado. Mirándose al espejo.*) ¡Otra vez!... ¡otra vez!... sofocada.

ESCENA III

ÁNGELES y LUIS

ANG. Señor don Luis... dichosos los ojos que le ven á usted.

LUIS. Dichoso seria yo, si por mirarme hubiera ojos dichosos.

ANG. ¿Y qué sabe usted?...

LUIS. ¿Y usted lo sabe?

ANG. No se ponga usted hueco, que yo no lo sé tampoco. Todo ello es pura broma.

LUIS. ¡Para bromas estoy yo! ¡Soy el hombre más infelíz de la tierra! ¡Todo se me viene encima!

ANG. No me alarme usted, ¿qué pasa?

LUIS. ¡Que me pasan de parte á parte el corazón!

ANG. ¡Y es verdad, está usted muy pálido!

LUIS. ¡La palidéz de la muerte!

ANG. ¡Pobre Luis!... ¿pero qué ocurre?

LUIS. En primer lugar, vino mi padre: ahí enfrente está, en mi casa.

ANG. ¿Y es una desgracia que haya venido su padre de usted?

LUIS. ¡Qué ha de serlo! ¡Eso no! ¡Estrecharle entre mis brazos! ¡Pobre padre mio! ¡Más bueno!... ¡Pero cómo viene! ¡qué triste, qué abrumado, qué perseguido! ¡No, pues los que han maltratado al padre, se acordarán del hijo! ¡Pescador tiene razón: esto no puede seguir así: hay que hacer algo muy gordo: barrer tiranos, vengar á mi padre! ¡Diga usted, Angeles, que ya no somos hombres! Ni hay hombres, ni hay sangre, ni yo soy como otro Rodrigo, ¡el Cid!... de quien leía ayer en el cuartel cosas muy hermosas. Afrentaron á su padre... y él estaba solo, y era un chico, y no tenía una compañía como yo... pero era un hombre... y yo soy un muñeco... ¿verdad?... Diga usted que soy un muñeco... ¡Pero muñeco y todo, como quiera su padre de usted!...

ANG. ¿Pero qué está usted diciendo? ¿qué le han hecho á su padre de usted?

LUIS. ¿Pues no lo he dicho ya?

ANG. No señor.

LUIS. Es verdad... si no sé dónde tengo la cabeza... soy un aturdido, un tarambana, un nadie... Angeles, yo no soy nadie.

ANG. ¡Válgame Dios, qué hombre! ¿Pero qué le han hecho á su padre de usted?

LUIS. ¡Ah! Sí. Una infamia horrible, un atropello sin ejemplo. ¡Porque no se ha prestado á unos chanchullos electorales, le embargan, le persiguen, le dejan en la miseria! ¡Él y los chiquitillos, un familión que se muere de hambre, porque lo pierde todo: la casa, las tierras!... Él, que es tan entero, casi lloraba cuando me lo contó. Yo no sabía nada hasta anoche: no quiso darme el pobre ese disgusto, y no me escribió ni palabra.

ANG. ¡Qué desdicha!... ¡cuánto lo siento!... ¡qué picardía!

LUIS. ¿Verdad que es una picardía? ¡Ah, cuando yo me vea frente á frente del miserable que así maltrata á mi padre! ¡Usted no me conoce, Angeles: yo soy una fiera!

ANG. ¿Sí?... ¡Quién lo diría!

LUIS. ¡Una fiera! ¡Por cada lágrima de mi padre, yo... una estocada; y mi compañía... una descarga! ¡Y que se hunda el mundo! ¿A mí qué me importa? ¡Que respeten á las personas honradas, y si no, ya llegará el día en que ese miserable y todos ellos, sepan quién es el teniente Rodrigo!... ¡Ese malvado!... (Amenazando.)

ANG. ¿Pero quién es ese malvado?

LUIS. Usted lo ha dicho: un malvado: algún amigote del marqués de la Solanada, que removió el expediente de embargo. ¡Qué sé yo! intrigas subterráneas de la política. Pero ese hombre no tiene perdón de Dios.

ANG. ¡No lo tiene: causar tanto daño, hacer verter tantas lágrimas, encarnizarse con una persona tan buena como su padre de usted!

LUIS. ¡Yo le odio! ¡Así le castigue Dios como él merece ser castigado! Pida usted á Dios que le castigue, Angeles: pídaselo usted. Pues si Dios no atiende á los ángeles, á quién ha de atender. ¿Verdad que sí?

ANG. Ya le castigará Él: todo el mundo lleva su merecido.

LUIS. Sí; pero usted se lo pide y le atenderá á usted. ¡Pues

si yo fuera *un Dios* de esos que cuentan... y usted me pidiese algo!... ¡María Santísima!... ¡empezaba á descolgar estrellas y á empujar mundos, y armaba una tremolina... que me hacían capitán general!

ANG. Pero si ya era usted todo un Dios, ¿para qué quería usted ser capitán general?

LUIS. ¡Es verdad, no me acordaba! Si estoy... que no sé cómo estoy con tanto disgusto.

ANG. ¿Hay más todavía?

LUIS. ¡Ya lo creo!... Le he contado á usted lo de mi padre; pero ¿y lo mío? ¿y lo que hacen conmigo?

ANG. ¿Qué hacen con usted, Luis?

LUIS. ¡Me trasladan á las Baleares!

ANG. ¡Ay, Dios mío!... ¡eso sí que es peor!... ¿pero por qué?

LUIS. (Dándose algún tono.) ¡Porque resulta que soy *sospechoso*!.. ¡Sospechoso!... ¿Ha sospechado usted nunca de mí?

ANG. ¡Yo, nunca!

LUIS. Pues ahí tiene usted: el Ministro de la Guerra sospecha de mí, y allá va el teniente Rodrigo.

ANG. ¡Pobre Luis!

LUIS. ¡El pobre Luis á las Islas Baleares!

ANG. ¿Pero qué falta hace usted allá? (Acercándose.)

LUIS. Yo creo que ninguna. Donde yo hago falta es... ¿Dónde cree usted que hago yo falta?

ANG. ¡No sé... usted lo sabrá... (Con cierta monada.)

LUIS. Si usted no lo sabe... no lo sé yo.

ANG. Yo... sentiría mucho que se marchase usted: eso es todo lo que sé.

LUIS. ¿De veras?... ¡Angeles!... (Acercándose más.)

ANG. Voy sospechando... que es usted sospechoso. ¿Por qué es usted sospechoso?

LUIS. El Gobierno tiene clavada la vista en mí: como hay mucha agitación, y como dicen que se prepara un movimiento, y como me ven en compañía de Pescador...

ANG. ¡Bonita compañía!

LUIS. Pues en su casa de usted le he conocido, y es amigo

íntimo de su padre de usted; y claro es, que no hace nada sin contar con don Santiago.

ANG. ¡Ay, Luis, por Dios! ¡no se meta usted en esas cosas: nada de conspiraciones: si le cogen á usted y le fusilan!... ¡qué pena!

LUIS. ¡Tanta pena!... ¿lloraría usted por mí?... ¡qué felicidad!... ¡Y yo moriría como un hombre!... Mi uniforme nuevo: guante blanco: paso marcial... ¡pálido, pero sereno!...

ANG. ¡Luis!... (Afligiéndose.)

LUIS. ¡Ya vería usted!... ¡yo mismo mandaría el pelotón! «¡Valor, muchachos: estas son cosas de la vida: hoy te fusilo yo á tí, mañana me fusilas tú á mí!... ¡Preparen!... ¡apunten!... ¡fuego!...»

ANG. ¡No, eso no!... (Casi llorando.)

LUIS. ¡Yo de frente: cuatro balas en el pecho!... en la cabeza, no: la cabeza no hay que estropearla. ¡En el pecho!... ¿pues para qué está el pecho de un militar sino para recibir balas!... ¡Al corazón!... ¡Al corazón, no! ¡se estropearía una imagen muy bonita que llevo en él!

ANG. (Rompiendo á llorar.) ¡Ya lo consiguió usted!...

LUIS ¡Llora de veras!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Buena la hicimos!... (Mirando á todas partes.) ¡Angeles!... ¡Llorando Angeles!... ¡Qué alegría!... ¡Así deben llorar los ángeles del cielo!... ¡Quite usted la mano por Dios!... ¡Que yo vea las lagrimitas: son por mí, por el teniente Rodrigo!... Entonces son mías... yo las quiero recoger... (Saca un pañuelo.) ¡No: es muy áspero: lastimaría esas megillas tan suaves!... con el pañuelo, no... (Inclinándose sobre Angeles.)

ANG. (Levantándose.) ¡Luis!

LUIS. (Confuso.) No se enfade usted, Angeles... no era besar... era recoger lágrimas, es distinto.

ANG. No sabe usted lo que se dice. Con su traslado y con los disgustos de su padre de usted... se ha vuelto usted loco. (Algo enojada.)

LUIS. ¿Lo ve usted?... Mi padre tiene razón: soy un hombre sin delicadeza... usted se enoja... hacen bien en trasladarme... ¡A las Baleares, no: á Fernando Póo!

ANG. No hablemos del traslado: eso lo arreglará mi padre: yo se lo diré.

LUIS. (Tristemente.) No, Angeles: no es posible: mi padre quiere que me trasladen.

ANG. ¿Su padre de usted?

LUIS. ¡El mismo!... ¡Es un hombre más severo... más recto que un fusil! ¡calladito como el fusil!... ¡pero si se dispara... como el fusil!

ANG. ¿Pero por qué quiere su padre de usted que le echen de Madrid?

LUIS. Porque se ha enterado de todo: porque el charlatán de Minuta se lo contó anoche, creyendo darle una alegría... ¡bueno es él!... ¡Ya, ya!

ANG. ¿Pero de qué se ha enterado?

LUIS. ¡De todo: toma, de que me muero por usted, Angeles!... ¡Ya lo dije! .. Angeles, los de arriba me cierren las puertas del cielo con todos sus cerrojos y trancas, si no es verdad que me muero por usted. Pues dice mi padre, que con quererla á usted tanto me porto como una mala persona.

ANG. ¡Ave María Purísima!... ¡pues había usted de odiarme!

LUIS. No es eso: es que dice, que mi cariño por usted tiene todas las apariencias de una acción muy fea. Que usted es rica, que él... mi padre... es pobre: que es humilde y su padre de usted un personaje: y que todo el mundo, y ustedes mismos pensarán, que yo busco posición, oro... ¡Y no es eso! (Con indignación.) ¡No es eso! ¡por la memoria de mi madre le juro á usted que no es eso! ¡Si lo sabré yo! Yo no quiero nada: yo la cojo á usted, y me la llevo, y hago de usted una subtenienta pobre, y tan ricamente.

ANG. Que de prisa va usted; ¡mire usted que me roba el aliento!

LUIS. ¡Yo le robaría á usted el corazón y el alma!... Pero no

es posible: mi padre tiene razón. No importa: yo subiré y subiré... ¡alguna sublevación tendremos, y de un golpe, coronel!... ¡entre tanto usted me esperará!... (Con imperio.) ¡Eh!... ¡me espera usted! ¡Cuidado con moverse! ¡Porque usted no sabe lo que yo soy! ¡A veces una fiera!... ¡Usted me espera y yo volveré hecho un personaje! ¡Aunque sea dentro de cien años volveré á buscar á mi Angeles!

ANG. ¡Dentro de cien años!...

LUIS. Es un decir: si puedo antes, volveré antes.

ANG. ¡Pero usted va á volverme loca! ¿Quién le ha dicho á usted que yo le quiero?

LUIS. (Riendo.) ¡Ay, pobrecilla! ¡si eso se conoce! ¿Por qué lloró usted por mí? ¿Pues si me quiere usted muerto, por qué no ha de quererme vivo?

ANG. ¡Eso no prueba nada, vanidoso!

LUIS. Mire usted, que si no, busco á Pescador, ¡qué más quisiera él! y me sublevo esta noche y mañana estoy delante del pelotón, de cara á los fusiles y gritando... ¡fuego!...

ANG. ¡No!...

ESCENA IV

ANGELES, LUIS, DON SANTIAGO y DON ANDRÉS

SANT. ¿Qué tiene usted?... ¿Qué gritos son esos?... ¿Dónde es el fuego?

LUIS. Perdone usted, don Santiago... pero á veces se vuelve uno loco... ¡Mandaba hacer fuego contra el Gobierno!

SANT. ¡Bien hecho!... (Saludándole.) ¡Querido Luis!

LUIS. Don Santiago... Don Andrés... (Se dan la mano.)

SANT. Ahi tienes lo que te decía: por todas partes se extiende la indignación. Vamos al abismo.

AND. Al abismo haciendo escala en el manicomio.

SANT. ¿Pero qué le pasa á usted? (A Luis.)

LUIS. Que mi padre llegó ayer del pueblo... Conmigo vive

ahi enfrente. Que le han perseguido inicuamente en las últimas elecciones y que acudimos á usted para que nos ampare.

SANT. ¡Ahí tienes!... Un hombre honrado...

LUIS. ¡Como hay muy pocos!

SANT Un pobre labrador... ¡Porque es labrador!

LUIS. ¿Labrador es?

SANT. ¡Un pobre labrador, contra quien los sicarios del poder se ensañan, porque atendiendo á los mandatos de su conciencia honrada, le niega el voto .. quizá á un diputado cunero! ¿No es eso?

LUIS. Una cosa así; por cuestión de elecciones ha sido.

SANT. Un pobre anciano... ¡porque será de edad avanzada!

LUIS. Sí, señor: y además los trabajos y los disgustos le tienen muy envejecido.

SANT. ¡Y contra un hombre honrado, contra un humilde labrador, contra un anciano desvalido, ejercita sus iras esta situación desatentada! ¡Gran hazaña! ¿Y por qué y para qué? ¡Por y para el poder! Bien dijo el gran latino: *Omnia pro dominatione serviliter!*

LUIS. ¡Le digo á usted, don Santiago, que yo no sufro que hagan eso con mi padre!

SANT. ¡Calma, calma! ¡Ya se hará justicia: somos muchas las víctimas! ¡Porque esos hombres nada respetan: atropellan á su padre de usted: me roban el acta: hasta han querido prenderme!

LUIS. ¡A usted!

SANT. ¡A mí! ¡A don Santiago Carmona! Verdad es, que mis amigos habían apaleado al alcalde: pero yo no hice más que contemplar con tristeza las violencias á que nos obligaban. Querido Luis, diga usted á su padre que cuente conmigo: cuando descanse puede venir á verme. Los hombres honrados, los buenos patricios, las víctimas, en suma, nos debemos apoyo.

LUIS. ¡Es usted muy bueno y muy generoso! ¡El pobre anciano... qué alegría tendrá cuando yo le diga lo que piensa usted hacer por él!

ANG. ¡Es muy bueno papá!

LUIS. ¡De modo que puedo traer á mi padre!

SANT. Ahora mismo, si usted quiere. Los hombres políticos no nos pertenecemos: pertenecemos *al país*, pertenecemos *á la idea*, pertenecemos *á la justicia*. Nuevos caballeros andantes de la nueva sociedad, donde se atropella la virtud, donde se conculca el derecho, donde sufre el pueblo... ¡allí estamos! Que venga á mí su padre de usted: ¡que voz tengo para levantar mi voz en su defensa! Es un oprimido... ¡pues tiemblen los opresores! ¿Ellos lo quieren? ¡Pues sea! ¿La razón han perdido? ¡Pues camisa de fuerza les pondremos! *Quos Deus vult perdere, prius dementat.*

LUIS. ¡Don Santiago, (Cogiéndole la mano.) cuente usted conmigo para todo! ¡Desde hoy... de usted en cuerpo y alma! ¡Usted manda, yo obedezco! ¡Y yo hablo con el corazón! Seré para usted un perro de presa: don Santiago me dice: «muerde...» Pues allí está mi dentellada. (Don Santiago sonríe bondadosamente y habla con don Andrés.) ¡Adiós, Angeles... y para usted... no digo nada... para usted, mi último aliento, mi última gota de sangre, mi última dentellada!

ANG. ¿Pero quiere usted morderme?...

LUIS. ¡Si no sé lo que me digo!... La dentellada era para su padre de usted.

ANG. ¡Eso tampoco!...

LUIS. Nada: lo dicho, Angeles... don Andrés... don Santiago... Cojo á mi padre, y aquí estoy dentro de cinco minutos. (Deteniéndose un momento.) ¡Qué hermosa es la hija! y el padre, ¡qué bueno! ¡qué familia tan simpática!... ¡y qué Gobierno tan infame! (Sale.)

SANT. ¡Qué buen chico!... ¡Cuánto corazón!

ESCENA V

ANGELES, DON SANTIAGO y DON ANDRES

AND ¡Pero muy aturdido!... Eso no es un hombre, es un cohete de dinamita. Se dispara... y sube... sube... y se deshace en luces, colores y estrépitos... Pero si coge á uno lo destroza.

ANG. Pero muy bueno.

AND. No basta ser bueno: es preciso tener juicio. Y ni él lo tiene, ni tu padre tampoco.

SANT. ¿Sermón tenemos? Me vuelvo á mi despacho á ver si vino Pescador.

AND Espera un poco: quiero que hablemos... de Pescador precisamente. Mira, Angeles... haz el favor de decir á tu madre que venga.

ANG Con mucho gusto. (Disponiéndose á salir.) Querrán hablar de los quince mil duros. Voy al momento. ¡Qué bueno es papá... y qué bueno debe ser el padre de Luis!... «¡El labrador más honrado ó García del Castañar!» (Sale.)

ESCENA VI

DON SANTIAGO y DON ANDRÉS

AND. Se va la poesía, queda la prosa. El idilio se desvanece y empieza la farsa repugnante y grotesca. ¡Qué remedio! así es la vida. Hablemos de Pescador.

SANT. ¿Vas á emprenderla con ese pobre? le tienes ojeriza: ¡si vieras qué servicios me ha prestado! ¡Es de una lealtad á prueba!

AND. Con su cuenta y razón habrá sido. Pescador es un hombre sin conciencia, que quiere medrar á costa tuya. Ni tiene tu talento, ni tus entusiasmos, ni tu buena fé, ni tus ambiciones generosas; y se propone explotar todo esto en beneficio propio.

SANT. ¡Qué injusticia, señor! ¡qué injusticia! (*Con impaciencia.*)

AND. ¡Es un parásito que te chupará hasta el jugo de la conciencia, hasta la honra!

SANT. Á mi honra no toca nadie.

AND. Esas son fanfarronadas de hombre honrado: disculpables, pero peligrosas.

SANT. Dí de una vez lo que tengas que decir.

AND. Pescador, que es listo, te echó la vista encima y dijo: «éste vale: subirá muy alto: agarrémonos á sus faldones!»

SANT. Con la violencia del subir se romperían.

AND. «Y por si los faldones no bastan, agarrémonos á la falda de su mujer.»

SANT. ¿Qué? ¡A mi mujer!... ¡pobre Pescador! ¡Pues si Mercedes no puede sufrirle!

AND. Y hace perfectamente. Ea, hay que hablar claro.

SANT. Pues á mí me parece cada vez más obscuro lo que dices

AND. Porque te empeñas en cerrar los ojos. Escucha. Para tener más influencia sobre tí, para dominarte por completo, para explotarte cuando llegue el día... Pescador quiere tener por suya á Mercedes.

SANT. ¿Por suya?...

AND. Sí; primero se dirigió á Angeles y soñó con una gran boda... ¿te acuerdas?...

SANT. Me acuerdo, que estuvísteis mareándome con esa historia seis meses... y nada... no era verdad...

AND. ¡Era verdad! lo que sucedió fué, que Angeles demostró su repugnancia por Pescador de tal modo... que éste tuvo que retirarse... y se retiró á tiempo.

SANT. Lo que hay es, que os habéis propuesto separarme de todos mis amigos... aislarme. . hacerme odioso... y por fin, obligarme á dejar la política... pero yo no soy un niño á quien se maneja á capricho.

AND. ¡Ah! ¿lo tomas así? ¿me disparas bala rasa? Pues allá voy yo. Atiende. Pescador hace la corte á Mercedes:

quiere explotar la casa en grande: el marido, la mujer, la influencia, el dinero... todo: ¿quieres sufrirlo? súfrelo... pero no te la eches de ignorante, porque ya lo sabes.

SANT. ¡Andrés!... ¡Andrés!

AND. ¡Quieres arreglar el mundo y no sabes arreglar tu casa!

SANT. ¡La prueba!... ¡la prueba de lo que has dicho, y ya verás si os arreglo á todos y á Pescador el primero!

AND. Gracias á Dios que desapareció el político y que se presentó el hombre.

SANT. La prueba de que no calumnias al pobre Pescador.

AND. Pídesela á tu mujer que ahí viene: yo cumplí como amigo y dije cuanto tenía que decir.

ESCENA VII

DON SANTIAGO, DON ANDRÉS y DOÑA MERCEDES

MERC. Aquí me tienes: ¿para qué me llamabas?

SANT. Pronto y sin rodeos: ¿te enamora Pescador?

MERC. Hombre, ¡qué escopetazo!

SANT. El escopetazo vendrá después: ahora la respuesta.

MERC. ¡Pues otro escopetazo! sí.

AND. ¡Muy bien!

SANT ¡Pruébalo! (Á doña Mercedes.)

MERC. ¿No basta mi palabra?... ¿Dudas de mí?

SANT. No dudo de tu lealtad, pero puedes estar equivocada; haber tomado por declaración amorosa cualquier galantería, y además le odiáis todos al pobre Pescador... ¡y persuade tanto el odio! No se sacrifica á un amigo de tantos años, tan leal... y tan útil... sin tener la evidencia de su felonía. ¿En qué has conocido que Pescador te hace la corte?

MERC. ¿En qué se conocen estas cosas?

SANT. Sí, ¿en qué se conocen?

MERC. Pues en que se conocen: me dice á cada momento, «¡es usted hermosa como un sol!»

SANT. ¡Eso se lo digo yo á todas las mujeres! (Sin saber lo que dice: con ligereza.)

MERC. ¡Santiago!

SANT. No: se lo decía, cuando no era hombre formal. ¿Y qué más?

MERC. Procura darme el brazo... y cuando me da el brazo...

SANT. ¿Qué?

MERC. Basta: yo no me someto á semejante interrogatorio: me crees ó no me crees: le echas de casa ó no le echas: haz lo que te plazca.

AND. Muy bien dicho.

MERC. Si no se tratase de tu amigote político, ya le había plantado en el portal.

AND. Muy bien dicho: las dos dignidades... una para la vida privada... y la otra para la vida pública.

SANT. *No tengo más que una,* ¡cometo una ingratitud, una torpeza, ya lo sé... no estoy convencido... pero romperé con ese pobre hombre!

CRIADO. El señor Pescador.

SANT. Que pase.

ESCENA VIII

DON SANTIAGO, DOÑA MERCEDES, DON ANDRÉS y PESCADOR

PESC. ¡Felices, don Santiago!... ¿se descansó?... ¡Le veo á usted muy animado!...

SANT. ¡Ya lo creo!... ¡Animadísimo!

PESC. ¡Querida Mercedes... felices días!... ¡está usted espléndida!... ¡elegante y bella! .. ¡como ninguna!

MERC. Gracias. (Fingiendo alegría maliciosa.)

SANT. (¡Si es su carácter!... ¡qué malicia tendrá en lo que dice, cuando delante de mí le echa flores!...) (A don Andrés.)

PESC. ¡Don Andrés... le encuentro rejuvenecido!... ¡qué apostura y qué color!

AND. ¡Gracias! (Con tono bromista.)

SANT. (¡Si es muy cariñoso: si Pescador es muy expansivo!... (A doña Mercedes.) Lo mismo le ha dicho á Andrés que á tí...)

PESC. ¡Hoy todos tienen en este encantado hotel cara de fiesta! hasta el pachón... le encontré al pasar el jardín... ¡qué gordo está y qué hermoso!

SANT. (A doña Mercedes.) (¡No, pues al pachón me parece que no le hará la corte! y dice de él lo mismo que de tí... ¡hermoso!)

MERC. (Mirándole.) (¡Imbécil!) (Se quedan mirándose.)

SANT. (Bueno: cumpliré mi palabra: le echaré; pero es preciso hacerlo de cierto modo.)

MERC. Haz lo que quieras.

PESC. (Dando un abrazo á don Santiago que está un poco violento.) ¡La gran noticia! ¡el gran triunfo! Le creyeron á usted vencido: será usted vencedor. Hacían escarnio de usted: usted les aplasta.

SANT. ¿Que yo les aplasto?

PESC. ¡Tengo documentos! documentos abrumadores: ya verá usted. ¡Entre ellos, cartas del Ministro!

SANT. Hombre... ¡Y con esos documentos .. cree usted!...

PESC. ¡Recobra usted su acta!... ¡Indiscutible!

SANT. ¿Pero cómo ha conseguido usted esos papeles?... ¡porque me parece extraño!...

AND. (¡Ya se olvidó de todo! ¡Tan amigote!... ¡qué hombre!)

PESC. ¿Soy yo tonto?... ¡Yo tengo mis agentes en todas partes!... Y no faltó quien rebuscase en la mesa del Gobernador.

MERC. Pero de esos documentos no puedes hacer uso contra el Gobierno. (A don Andrés.)

AND. Claro que no: han sido robados: los devuelves inmediatamente.

SANT. Tenéis razón: sobre eso no hay duda. Sin embargo, hay que distinguir unos casos de otros casos: no sabemos cómo los ha conseguido Pescador... y si son tan importantes...

PESC. El cómo los he obtenido no es cuenta de usted: ni yo lo digo, ni usted lo sabe.

SANT. Es verdad, es cuenta suya: yo nada sé. (A don Andrés y á doña Mercedes.)

PESC. Es un arma que usted encuentra, que se le viene á la mano y que usted utiliza en defensa de su derecho vulnerado y para recobrar su acta robada.

SANT. ¡Para recobrar mi acta! ¡eso es! ¡por un golpe otro golpe: por una indignidad, otra indignidad: á acta robada, documento substraído!

AND. ¿Pues no decías que ignorabas el origen de esos documentos?

SANT. Y lo ignoraba; pero como él lo ha dicho...

AND. Luego ya lo sabes, luego no puedes emplearlos sin hacerte cómplice de Pescador.

PESC. Don Santiago no sabe nada. (Procurando convencer á don Andrés.)

SANT ¡Ea! yo no sé nada: no vengas á marearme con sutilezas de ergotista: me encuentro con esos papeles como si hubiesen caído del cielo.

AND. ¿Pero en la vida privada, en las relaciones sociales, cometerías acción semejante?

MERC. No la cometería.

SANT. Claro que no: pero son cosas distintas: no confundamos, señor, no confundamos...

AND. ¡Pues la moral es una!...

SANT. ¡Dale con tu *moral*!... Para oir sermones, en la iglesia.

AND. ¡*Y para oir verdades, en todas partes*! y si alguien las eucnentra insulsas, ó no las entiende, tanto peor para él; yo, no por eso he de dejar de decirlas, como en conciencia las creo.

SANT. Pero hijo, si eres irresistible con tu canturria interminable: ¡la moral! ¡la ley moral! ¡la ley moral en el orden político!... si pareces por lo pesado y lo monótono lluvia de invierno, que no acaba nunca.

AND. Lluvia que puede terminar por relámpagos, truenos y rayos.

SANT. Mientras llegan los truenos, tráigame usted esos papeles, Pescador, que con ellos voy á dar el trueno gordo al ministro. (Se forman dos grupos: á la derecha, doña Mercedes y Pescador; á la izquierda, don Andrés y don Santiago.)

AND. (Aparte á don Santiago.) (¿Pero te vas á convertir por el maldito virus político que te corre por las venas en cómplice de Pescador, de un hombre que ha querido deshonrarte?)

SANT. (¡No está probado!) (Con mal humor.)

AND. (Pero aun en la duda, porque en materias de honra no se tolera ni la duda, ¿no pensabas romper con él, echarle de tu casa?)

SANT. (Recojo los documentos, y luégo le echo y así todo se concilia.)

AND. (¡Santiago!...)

SANT. (¡Andrés!... ¡Andrés!... Si es cosa de un momento: en una hora todo queda concluido.)

AND. Pero esa hora, ¿cómo podrás borrarla de tu existencia? Santiago... (Con solemnidad y en voz alta.)

SANT. Basta.

PESC. Don Andrés, usted exagera: de un granillo de arena hace usted una montaña: de un sainete un poema épico. Don Santiago nada tiene que ver con todo esto. Para mí todas las responsabilidades morales y materiales. Yo no soy un hombre tan perfecto como usted, pero sé querer á mis amigos, y sé querer y admirar á don Santiago. ¡Por don Santiago, todo! ¡Yo soy así! ¡Cuando se trata de un hombre como don Santiago, un hombre como yo, debe sacrificarse! Nada: yo responderé ante don Andrés cuando ejerza de fiscal de Ultra-tumba, y por el pronto ante el juez, que á estas fechas me está empapelando.

MERC. ¿Pero el asunto pasó á los tribunales?

PESC. Sí señora; y por don Santiago soy yo capáz de ir á presidio. ¡Se sirve ó no se sirve á las personas á quienes se quiere!

SANT. (Lo que es corazón... ¡tiene mucho corazón!... Sin

embargo, ¡si fuera verdad!... ¡Vamos, que entre unos y otros van á volverme loco!)

ESCENA IX

DOÑA MERCEDES, DON SANTIAGO, PESCADOR, DON ANDRÉS, y ANGELES, por el fondo. Después, un CRIADO, LUIS y el TÍO VIRTUDES

ANG. Ya están ahí...

MERC. ¿Quiénes están?

ANG. Luis y su padre. Yo estaba en el jardín, les ví entrar... y les he dicho que pasen... ¿hice bien?... ¡como papá les dijo que viniesen!... ¿verdad que sí?

SANT. Sí, hija; bien hiciste.

AND. (¡Pero qué coincidencia! ¡siempre estás en el jardín ó en el invernadero cuando viene Luis y siempre le ves pasar! (Á Ángeles en voz baja.)

ANG. (Usted lo ha dicho; pura coincidencia. De esas coincidencias se ven todos los días.)

AND. (Tú lo has dicho: se ven todos los días en esta casa.) (Angeles le amenaza y se separa de él.)

CRIADO. Pasen ustedes. (Entran Luis y el Tío Virtudes.)

LUIS. Don Santiago... ¡Ah! Señora... mi padre que desea saludar á ustedes.

T. VIRT. Señora... Señor don Santiago... (Saludando á ambos.)

MERC. Gracias á Dios que conocemos al padre de Luis... Cuente usted conque en esta casa es usted como un amigo antiguo....

T. VIRT. No sé cómo agradecer... Es muy grande la honra que recibo...

SANT. No tan grande como la nuestra, al estrechar la mano de una persona tan digna.

LUIS. Padre, saluda á la señorita Angeles.

T. VIRT. A los ángeles no se les saluda... se queda uno ante ellos... como me quedo yo...

ANG. Señor don Ambrosio, mucho hemos hablado de usted

mamá, Luis y yo. Puede decirse que ya le conocíamos á usted.

T. VIRT. Pues mire usted, señorita, yo estoy que no me conozco: conque bueno es que me conozca álguien. (*Se queda mirándola y sonriendo.*)

LUIS. (Es muy hermosa, ¿verdad?) (*Aparte á su padre.*)

T. VIRT. (Mañana mismo sales de Madrid.)

MERC. ¿Permite usted? (*A don Ambrosio.*) Don Andrés Igualada... (*Presentándole.*) como si fuera de la casa. (*Se dan la mano don Andrés y el Tio Virtudes.*)

LUIS. Un hombre por tu estilo: siempre va por el camino derecho... y siempre va recto.

T. VIRT. Así deberíamos ir todos: cuando una rama se tuerce, lo tengo observado, siempre se tuerce hacia abajo; cuando un carácter se doblega, no se dobla para subir, sino para caer. ¡Malo!... ¡Malo!... ¡Mala señal!

PESC. Pero cuando la caña de pescar se dobla, aunque se doble hacia abajo, buena señal: es que picó el pez. (*Riendo.*)

T. VIRT. Buena señal para el pescador, muy mala para el pez.

MERC. (*Señalando á Pescador.*) Pues ya se presentó él mismo: el amigo Pescador.

T. VIRT. Muy señor mío.

SANT. Siéntese usted... señor don... (*Vacilando.*)

LUIS Ambrosio... Ambrosio Rodrigo...

SANT. Sí... sí... ya lo sé... Pero siéntense ustedes. (*Se colocan en este orden: á la derecha, en un sofá, doña Mercedes y á su lado Angeles: en pié, junto á Angeles, Luis. A la izquierda, junto á la mesita, don Santiago, y á su lado, en su sillón, el Tío Virtudes. Don Andrés y Pescador, en pié á veces, otras sentados, como se crea más conveniente, para dar movimiento á la escena.*) ¿Y cómo deja usted la tierra, señor don Ambrosio?

T. VIRT. La tierra va de mal en peor. Todos nos cansamos y la pobre se va cansando también. ¡Somos tan egoístas! ¡la hacemos trabajar tanto! ¿Qué ha de suceder? Llega un día en que dice «¡no puedo mas!» ¡He dado durante

siglos y siglos, tantas espigas! ¡tantas mazorcas! ¡Ella hortalizas, ella frutas!! ¡Á estrujarla, que escurra vino; á estrujarla, que escurra aceite; así, es que no le queda á la pobre ni una gota de jugo! y claro, al fin se rinde: es como una vaca muy lacia, á quien le ordeñan y le ordeñan, y le esprimen brutalmente las ubres, y al fin la pobre vaca pone los ojazos muy tristes y muy tiernos y se le tambalean las piernas y se cae: nada, al suelo el pobre animal. Digo, á mí me parece que es así.

SANT. Tiene usted razón, don Ambrosio: hay que aplicar los métodos modernos, grandes capitales... mucha ciencia agrícola... ya lo dije yo en uno de mis discursos.

T. VIRT. ¿Pero dónde están los grandes capitales, ni los pequeños, ni nada, señor mío? Es lo que yo digo, don Santiago; estos terruños ya no son más que polvo; lo que seremos nosotros. Crean ustedes, que cuando veo al arado que rasga y rasga y rasga mi pobre tierra, me parece que me van arañando á mí las entrañas con otro arado muy chiquitito, pero muy agudo. ¡Mi pobre tierra! ¡la conozco hace tantos años! ¡y siempre se portó muy bien! Dió de comer á mis padres, y á mí, y á esos (Señalando á Luis.) y ya digo: se portó bastante bien. Pero hace algunos años que vamos mal, y ahora peor; porque ya les habrá dicho á ustedes Luis... ¡mi pobre tierra!... ¡Me la quitan!... ¡Vamos, si no hay calma para estos maleficios!.. ni los años dan paciencia... ni dan las canas frialdad... ¡ni Dios da resignación!... Dios me perdone; que yo bien se la pido... Y perdonen ustedes á un pobre labrador... que no sabe hablar más que de lo suyo... Vaya, hablemos de otras cosas... perdone usted, señora... es muy egoísta... muy egoísta... la gente del campo.

MERC. ¡Pobre hombre!...

ANG. ¡Qué picardía!

LUIS. (A doña Mercedes.) (Ya le oye usted: y si él no puede tener calma, ¡cómo la tendré yo! El mejor

día le digo á Pescador... «¡Ea, lo que usted quiera!...¡»

MERC. (¡Por Dios, Luis!...)

SANT. Ya sé; ya sé, amigo don Ambrosio, que le han atropellado á usted inícuamente; ya me lo había dicho Luis.

T. VIRT. Sí, señor; inícuamente.

SANT. ¿Y ha sido el Gobierno?

T. VIRT. Por la cuenta el Gobierno habrá sido, porque ha sido el Gobernador y el otro, el candidato... y el cacique... ¡Entre todos me han dejado en la miseria!

SANT. ¡Qué infamia! ¡qué indignidad! ¡á un pobre anciano! ¡á un labrador honradísimo!... ¡Esos hombres no tienen conciencia! A veces creo que tienes razón, Andrés: ¡se cometen grandes iniquidades!

AND. Ya te irás enterando.

SANT. ¿Y ha sido por cuestiones electorales?

T. VIRT. Sí señor. Me dijeron que si apoyaba al candidato del Gobierno, me perdonarían las contribuciones atrasadas... Vamos, eso no se puede perdonar, pero que se haría la vista gorda, y que para el año que viene me las rebajarían.

SANT. ¿Y usted?...

T. VIRT. Yo no me vendo: yo no quiero dejar de contribuir con lo justo: yo no quiero trampas ni chanchullos... ¿Debo dos? Pues pago dos. ¿Debo cuatro? Pago cuatro. ¿Estamos? ¡Pero lo justo!... ¡nada más!... ¡Y no es justo que me arruinen!...

SANT. ¡Ya lo están ustedes oyendo! ¡Así, sólo así se nos vence! ¡Así, sólo asi nos gana el Gobierno las elecciones! ¿Dónde está la sinceridad electoral? ¿Dónde la libertad del ciudadano? ¿Dónde la expontánea manifestación de la opinión pública? *Ubinam gentium sumus*! *quam urben vivimus*! ¡Ah, don Ambrosio! ¡Esos hombres son unos miserables!

AND. ¡Unos miserables! ¡convenido!

ANG ¡Muy malos! ¡muy malos! ¿Verdad, papá?

SANT. ¡Ah, señores! ¡Esto es lanzar al país á la desesperación!

PESC. (Que ha venido á colocarse junto á Luis.) (¿Lo está usted oyendo?)

LUIS. (¡Estoy oyendo, y me requemo! ¡Voy á quemar más pólvora!)

PESC. (Cuando usted quiera: y no estará usted solo.)

SANT. Don Ambrosio, cuente usted conmigo. Yo les aplasto: no hay que dudarlo: iré á la Comisión de actas y usted irá acompañándome, y yo les diré: «¡*Ecce homo*! ¿Qué habéis hecho de este anciano? ¿qué hacéis del pobre agricultor? ¡Ó corromperle ó arruinarle!» Y usted allí, con su rostro venerable y sus canas... venerables también. ¡Ah, se arrepentirán!

ANG. (¡Si papá es más bueno!) (A doña Mercedes.)

MERC. (Muy bueno, hija mía.)

AND. (¡Yo creo que se enternece!... Y todo eso que dice, lo siente.)

T. VIRT. Yo no sé cómo agradecer á usted... Un pobre hombre como yo... Pero tiene usted razón, es una infamia muy grande la que han hecho conmigo.

SANT. Ahora me va usted á contar, con todos sus pormenores, el caso. ¡Vamos á ver!... ¡Ya verán... ya verán ustedes!

T. VIRT. Sí señor. Cuente usted conque yo ando atrasado en el pago de la contribución; y no porque yo me niegue á pagar lo debido; pero no puedo: señor, que no puedo: trabajo, y me afano y me mato...

LUIS. (¡Se mata!... ¡Ya lo creo!) (A Pescador.)

T. VIRT. ¡Y no puedo! A mí me gusta pagarle al Gobierno lo que es debido, y lo he pagado siempre. Si habíamos de comer dos panes, pongo por caso, comíamos uno, y á pagar lo justo: debo tanto, pues aquí está. Pero que si yo debo pagar *dos* pague *ocho*, porque otro que debe pagar *veinte* no paga más que *uno*, porque él explota la política y yo no... ¡Oh! Eso, no señor: eso no es ley de Dios, ni de los hombres; eso es picardía y rapiña.

SANT. ¡Muy bien dicho! Yo lo diré también en mi primer discurso.

T. VIRT Dígalo usted; dígalo usted, don Santiago. Eso es quitarme el pan de la boca y la mitad de su pan á mis hijos, para que engorden, no los que están más flacos que los míos, sino los que están reventando de carnes, pongo por caso.

AND. Es verdad.

LUIS. (¡Pescador! (Apretándole la mano.) Esto no se puede sufrir.)

PESC. (Ya hablaremos despacio.)

T. VIRT. Perdonen ustedes... yo, hablando de estas cosas... qué remedio... ¡el pobre á su pleito!...

SANT. ¡Siga usted, siga usted!

T. VIRT. Es lo que yo digo, y vuelvo á mi idea... si viésemos venir al recaudador con sus papeletas... y sólo porque en las papeletas han puesto unos números, les sacasen á mis hijos la mitad de la sangre y se la llevasen al hijo del vecino, que está, que no puede con las mantecas, y se la encajasen en el cuerpo diciendo: toma, toma, engorda más, que tu papá es amigo del que manda, ¿qué diríamos, eh? ¿Habría paciencia? Pues esto es: en fin, yo me entiendo aunque no sé explicarme... y cuando pienso en estas cosas y me veo como me veo... se me sube la sangre á la cabeza y si me viese frente á frente con el miserable que me ha puesto así...

SANT. ¡Bien hecho!... ¡á él!... ¡á ese tunante!

ANG. ¡Sí señor, y tendría razón!...

LUIS. ¡Ya les daré yo á todos ellos!...

SANT. ¡A él, al causante: y que vea que no se atropella impunemente á un hombre honrado!...

T. VIRT. ¡Ah! ¡Don Santiago, si alguna vez me encuentro yo cara á cara, como ahora estoy con usted, con el miserable que me persigue, ya verá quién es el Tío Virtudes!

MERC. (Levantándose.) ¡El Tío Virtudes!

SANT. (Levantándose y retrocediendo.) ¡Eh!... ¿cómo?... ¿qué?... ¿El Tío Virtudes?... ¿El Tío Virtudes?... (Mirando con espanto cómico al Tio Virtudes.)

T. Virt. Así me llaman por mote.

Sant. Pescador... Pescador... (¿Nosotros le hemos hecho algo á un Tío Virtudes?)

Pesc. (Al oído.) Le hemos embargado hasta la respiración.

Sant. (¡María Santísima!)

T. Virt. ¿Las choca á ustedes que me llamen así?... cosas de pueblo...

Merc. No señor; no nos choca, porque es muy merecido; y crea usted que en favor del Tío Virtudes, está dispuesto Santiago á todo.

Sant. A todo: palabra de honor y de caballero.

T. Virt. No sé qué decir... ni cómo agradecer... (Le aprieta la mano á don Santiago y hace demostraciones de cariño. Luis hace lo mismo.) ¡protección tan generosa á un pobre hombre como yo!... ¡Es usted un alma muy noble!...

Luis. Don Santiago... no digo nada... lo que hace usted por mi padre... con mi sangre toda estoy dispuesto á pagarlo...

Sant. Señores... ustedes me abruman... y me avergüenzan... no merezco tanto...

Merc. ¡No merece tanto!... ¡no, señores, no merece tanto!

T. Virt. ¡Y entre los tres aplastaremos esa víbora!

Sant. ¿Qué víbora? (Revolviéndose.)

Luis. ¡Ese mal hombre! ¡ese tunante! ¡ese farsante político!

Sant. ¿Qué farsante? (Revolviéndose del otro lado.)

Merc. ¡El que decíamos antes, el que ha reducido á la miseria á una familia por sus ambiciones políticas y quizá por consejos indignos!

Pesc. (Indirecta se llama esta figura.)

Merc. ¿Conque te haces cargo?

Sant. ¡Ya... ya... ya me voy haciendo cargo!... (Limpiándose el sudor.)

And. ¡Ese hombre sin conciencia merece un castigo!

Ang. ¡Es verdad, lo merece! ¿tú le castigarás, papá?

Sant. ¡Pues no faltaba otra cosa!... ¡en buenas manos ha caído... ese... (no, yo no me llamo tunante) ese señor!... ¡De mi cuenta corre!.. (¡me van sofocando

entre todos!)... Y sin embargo .. Quizá no supo lo que se hizo... y al darse cuenta de su acción... ¡quién sabe!... No es imposible que dijese: «¡Señor don Ambrosio, perdóneme usted: de mi cuenta corre el embargo, y los atrasos, y todo... yo lo pago todo!»

T. Virt. ¡Ese hombre darme á mí una limosna!... ¡A mí!

Luis ¿A mi padre una limosna?... ¡Que se atreva!

T. Virt. ¡Se la arrojaba al rostro, y contra el rostro se la aplastaba! ¡A ver si se le enrojecía por el golpe, cutis que nunca se le habrá enrojecido por la vergüenza!

Luis. El corazón le partía yo de una estocada, si es que tiene corazón quien por miserables ambiciones quita el pan á una familia.

Ang. ¡Tiene razón, Luis!

Merc. ¡Silencio, Angeles!

Sant (Ya enfurecido.) ¿Y saben ustedes quién tiene la culpa de todo esto? ¿Lo saben ustedes?

T. Virt. ¿Quién?

Sant. ¡El Gobierno!... ¡El Gobierno!... ¡En él están los verdaderos criminales!

And. (¡Allá va eso: éste ya se sacudió de toda responsabilidad en materias políticas!)

Sant. El Gobierno, apretando los tornillos de la máquina electoral, no respetando nada, acudiendo á todas las violencias, valiéndose de todas las corrupciones, envenenando los ánimos, enardeciendo las pasiones; el Gobierno es el que obliga á unos y á otros... y á todos... en defensa propia... á emplear medics y procedimientos que yo no apruebo...

T. Virt. ¡Qué ha de aprobar usted!... ¡Las personas decentes no aprueban nunca picardías!

Sant. (¡Dale... machaca! ¡Me están haciendo correr una carrera de baquetas!) (Dando un puñetazo en la mesa.) ¡Pues yo insisto en que la culpa de todo esto... la tiene... la tiene... el Gobierno!...

ESCENA X

DOÑA MERCEDES, ANGELES, DON SANTIAGO, TÍO VIRTUDES, LUIS, PESCADOR, DON ANDRÉS y MINUTA

(Minuta por el fondo, sin que nadie le anuncie, descompuesto y sin quitarse el sombrero.)

MINUTA. ¿No saben ustedes lo que pasa?

SANT. ¿Qué pasa?

MINUTA. ¿No saben ustedes lo que pasa?

MERC. No lo sabemos: dígalo usted.

PESC. ¿Cayó el Gobierno?

MINUTA. ¡Qué ha de caer!

LUIS. ¿Estalló la revolución?

MINUTA. ¡Qué ha de estallar!

SANT. Pues venga la noticia.

MINUTA. ¿No saben ustedes lo que pasa?... ¡Que me han dejado cesante! (Quitándose el sombrero y poniéndolo de golpe sobre la mesa, de modo que se aplaste.) ¡Don Santiago, desde hoy, á conspirar!

SANT. ¡Pobre Minuta!...

MERC. ¡Cuánto lo siento!...

ANG. ¡Pobrecillo!...

LUIS ¡Válgame Dios!... Nada; que no queda títere con cabeza.

MINUTA. ¡Un empleado antiguo! ¡un hombre honrado! ¡un sér pacífico! ¡defensor del orden! Y el Ministro me declara cesante y vice-versa. No, yo no le he dejado cesante á él; pero conspiraré. ¡Conspiraré con usted, Pescador; y contigo, Luis; y con usted, don Santiago; y con los anarquistas que vinieron el otro día; y con el lucero del alba, y con el Ante-cristo y vice-versa!

SANT. ¡Vamos, calma; calma, Minuta!

MINUTA. ¡Qué fácilmente se dice!... ¡Si á usted le pasase lo

que á mí! No... pero á usted también le pasa algo. Lo sé de buena tinta.

SANT. ¿A mí?

MINUTA. Sí señor: parece que al Gobernador de su distrito de usted le han substraído unos documentos, y además unas cartas de carácter privado; dos de ellas del propio Ministro, papeles que se relacionan con su elección de usted.

SANT. ¿Y qué?

MINUTA. Que se formó expediente, pasó el asunto á los tribunales y resultará complicado Pescador; y como todo el mundo sabe, que es su amigo de usted y su gran agente, hay la esperanza de complicarle á usted.

SANT. ¿A mi?

MINUTA. Sí señor: á usted lo empapelan, y á mí me desempapelan y vice-versa.

SANT. ¿Empapelarme á mí?... ¡A don Santiago Carmona!... ¿A mí?

T. VIRT. ¡A don Santiago! ¡Jesús, María y José!

MERC. ¿A mi marido? ¡Qué infamia!

ANG. ¿A papá?... ¡Ay, Dios mío!

SANT. ¡Ah, señores, esto es intolerable, intolerable!... Una sociedad que se desquicia. ¡Ah, señores, á grandes males grandes remedios!... ¡Yo preveo algo terrible, asolador!. . Yo me apartaré tristemente... y cruzado de brazos... contemplaré cómo llega la catástrofe! (Se cruza de brazos y se queda en actitud dramática.)

PESC (¿Lo quiere usted más claro?) (Á Luis.)

LUIS (¡Esta noche en el café... por mi padre y por don Santiago... todo!) (A Pescador)

MERC. (¡Al fin le ha comprometido ese hombre!) (Á don Andrés, señalando á Pescador.)

AND. (¡Ya lo decíamos! ¡era preciso! (A doña Mercedes.)

T. VIRT. ¡Pero yo estoy asombrado, ya no se respeta nada!... ¡Que á mí... á un pobre labrador... se me atropelle... pero á don Santiago!... Pues si á don Santiago lo empapelan, ¿qué harán conmigo?

SANT. ¡Aquí lo que hace falta... es algo muy grande!... (Con solemnidad.)

MERC. Lo que hace falta es que te separes de todo eso y que no se metan contigo.

ANG. Justamente, eso es lo que hace falta, que no molesten á papá: ¿verdad, Luis?

LUIS. ¡Lo que hace falta es lo que usted dice! (A Pescador.) (¡A las armas y echarlo todo á rodar!)

PESC. (Y que la Bolsa baje: eso es lo que me hace falta.) (Aparte.)

AND. Lo que hace falta es que todos tengamos juicio.

MINUTA. Sí, eso es lo que hace falta, pero después que se me haga justicia y se me reponga.

T. VIRT. Vamos, vamos... cada uno pide para sí; pues yo también pido: lo que hace falta es que se me levante el embargo y se me devuelvan mis tierras .. que es el pan de mis hijos, y de mis sobrinos y de mis nietos. . ¡Ea! ya estoy yo en esta atmósfera y ya estoy yo mareado también... Pero también soy hijo de Dios y no pido más que lo mío: ¡mi campo tan alegre! ¡mis cosechas tan jugosas! ¡mi trigo tan dorado!... ¡Eso es, lo mío! ¡y que se haga justicia con esos hombres que me han puesto así! ¡Que se les empapele! ¿Podremos empapelarlos, don Santiago? (Acercándose á don Santiago.)

SANT. (Aparte.) (¡Demonio de hombre!) ¿Pero el Tío Virtudes pide venganzas?

T. VIRT. Virtudes allá, en mi casa, junto á mi chimenea, con la sangre muy tranquila y el cuerpo muy cansado, y los chiquillos muy alegres, y mi jergón que me llama y el sueño que me empuja los párpados hacia abajo... ¡pero aquí hago lo que todos hacen; digo lo que dicen ustedes; pido mi parte, como la piden todos: aquí la sangre se me enciende, y la garganta se me seca y los nervios brincan! ¡Aquí no soy el Tío Virtudes, que virtudes nunca he tenido muchas, soy como otro cualquiera: pido mi campo, como usted pide su destino (A Minuta.), y tú el ascenso, (A Luis.) y don Santiago

su acta, y usted... (A Pescador.) usted no sé lo que pide, pero de fijo algo pedirá!... ¿Para qué te quiero, boca? ¡para pedir! Perdone usted, don Santiago... perdone usted, señora... me retiro... no sé cómo tengo la cabeza... (Se dirige á la puerta; doña Mercedes y Ángeles le siguen.)

SANT. ¿Y quién tiene la culpa de todo esto?... (Con ira.)

MINUTA. (A Luis.) (¡A conspirar!...)

PESC. (¿Esta noche?)

LUIS. (Esta noche: iré.)

T. VIRT. (Volviendo á la puerta.) Adiós, don Santiago... y tan agradecido...

SANT. Adiós, don Ambrosio... y empapelado y todo, ¡cuente usted con don Santiago Carmona!...

T. VIRT. Pues con Dios... y crean ustedes que se le ensancha á uno el alma cuando se encuentra uno con personas tan buenas... tan sin vanidad... tan francotas... Vamos, que he estado á mi gusto y á mis anchas... como si hubiese estado en mi casa y en mi campo entre mis bueyes... mis gallinas... mis perros... y mis cochinillos, ¡con perdón sea dicho!... Conque señora... conque señorita... conque don Santiago... con Dios todos... Ven, chiquillo... (buena gente... buena gente.)

MERC. ¡Muy buen señor!...

SANT. ¡Muy bueno!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores: es de noche: luces en el salón.

ESCENA PRIMERA

DON SANTIAGO y DOÑA MERCEDES

SANT. Conque dime tú, ¿qué debo hacer?

MERC. Lo que haría en estas circunstancias toda persona digna: prescindir de la política y de componendas de mala ley, y plantar á Pescador en la calle.

SANT. ¿Es esa tu opinión?

MERC. ¿Puede ser otra? La amistad de Pescador te mancha. Y no será que yo tema por mí...

SANT. ¡Por Dios, Mercedes!...

MERC. Pero me repugna verle en esta casa. Me repugna por tí.

SANT. Entonces es cosa decidida. (Pausa.) ¿Pero no te has hecho ilusiones? ¿No has tomado galanterías más ó menos expresivas por algo más grave, que yo... ¡quién lo duda!... no estoy dispuesto á tolerar? Al expulsarle de esta casa, ¿no cometemos una ligereza, una

injusticia, una imprudencia quizá? ¿No me privo de un auxiliar utilísino y no me gano un enemigo formidable?

MERC. ¡Es decir, que le tienes miedo á ese hombre?

SANT. Yo no temo á nadie, ni tengo por qué temer. Pero hay en la política interioridades, secretos, pequeñeces, que nada significan y que utilizados con intención torcida pueden hacer daño.

MERC. Y si rompes con él, ¿tú crees que será capáz de vengarse?

SANT. Ya lo creo.

MERC. Ahí tienes lo que dice don Andrés: crees malo á Pescador, vengativo, capáz de calumniarte, y sin embargo, le llamas tu amigo y le recibes en la intimidad de tu casa, y entre él y tu mujer dudas y vacilas.

SANT. Porque la política de los partidos militantes es estado de guerra, y la guerra no se hace con monjas... aunque se han dado casos... pero no es el nuestro.

MERC. Y tú crees que si rompes con él, ¿puede comprometerte?

SANT. ¡Quién sabe! Ese asunto de los documentos substraídos en el distrito no deja de preocuparme. Si dice que obedeció instrucciones mías, vaya usted á convencer á nadie de que es falso.

MERC. ¿Pero es falso?

SANT. Ya lo creo; ¿pero á quién aprovecha el delito? A mí; pues esto y la afirmación de Pescador... me comprometerían ante la opinión pública.

MERC. ¿Y ese hombre sería capáz?...

SANT. De todo es capáz Pescador; ¡es un tunante muy listo! ¡y de mucho empuje! ¡y por mí hubiera hecho lo imposible!... ¡Válgame Dios, qué lástima! (Pausa.)

MERC. Oye, Santiago: yo no quiero que Pescador te dé por lo menos un disgusto. Que don Andrés diga lo que le plazca: si tú crees que no es prudente... esperaremos un par de meses. ¡Qué remedio! sufriré las galanterías de Pescador: (Con resignación cómica.) las sufriré.

SANT. ¡Pero es que yo no las sufriré! (Con enojo.)

MERC. No, hijito, si tú no las sufres; si quien tendrá que sufrirlas seré yo.

SANT. ¿Y qué galanterías son esas que estás dispuesta á sufrir con tan cristiana resignación?

MERC. Las de costumbre: ya puedes figurarte.

SANT. ¡Demonio!

MERC. Ya sabes que todo será por tí.

SANT. Muchas gracias.

MERC. Y sobre todo, desde que es preciso resignarse para evitar males mayores, se resigna una.

SANT. *Una* podrá resignarse, pero *dos* no se resignan, y yo soy el *otro*.

MERC ¡Pues tú te lo dices todo! Cuando yo quería echar á Pescador, todos eran inconvenientes; y ahora que transijo conque me haga la corte, te sobresaltas.

SANT. Una mujer digna no transige con esas cosas.

MERC. Pues tú decides, hijo: yo me lavo las manos. ¿Quieres echarle hoy mísmo? tanto mejor para mí. ¿Tienes miedo que Pescador te comprometa con sus declaraciones, que te formen un proceso, que te deshonren ante la opinión pública?... qué sé yo... todo lo que tú decías. Bien: pues tengamos paciencia por algún tiempo, y dejémosle que siga con sus tonterías, que yo no peligro.

SANT. Es que Pescador es guapo y simpático: más guapo que yo y casi tan simpático.

MERC. ¿Sí? No había reparado. Pero repararé.

SANT. ¡Se guardará usted muy mucho!

MERC. ¡Toma! ¡toma!... ¡Ahora celoso!...

SANT. No son celos: es dignidad.

MERC. Bueno, pues mándale á paseo.

SANT. Si te parece, aguardaremos unos días á ver si echan tierra á ese asunto de los papeles, ¿eh?

MERC. Me parece lo mejor.

SANT. Y tú procura no entrar cuando él esté aquí.

MERC. Son cosas que no pueden evitarse: él es muy expresivo...

SANT. ¡Conque tan expresivo!

MERC. Y si me da la mano... ¿qué remedio?... se la doy. Y si la aprieta... yo no he de empezar á dar gritos... «¡Santiago, que Pescador me aprieta la mano!» Esto sería ridículo: por Dios... hay que sufrirlo.

SANT. ¡Cómo vas adelantando en el camino de la resignación!

MERC. Pues para sufrirte me va faltando. Ya dije lo que tenía que decir: tú resuelves lo que te parezca: y yo te obedezco. ¿Quieres más?

SANT. No: si tú eres muy buena.

MERC. ¿Quieres que me marche de Madrid una temporadita hasta que tú te desembaraces de Pescador sin peligro?

SANT. ¡Admirable idea! ¡Gracias al cielo que encontraste una solución!

MERC. Pues cosa hecha. (Pausa: se sientan á distancia y se miran fijamente.)

SANT. ¿Sabes que nos estamos portando como personas sin decoro y sin dignidad?...

MERC. Lo iba sospechando.

SANT. Tú no sales de Madrid y Pescador hoy sale de esta casa. Prefiero que Pescador me comprometa con sus calumnias y que la gente sin razón piense mal de mí, á pensar yo mal de mí mismo con razón sobrada. Entre la opinión y mi conciencia, mi conciencia vale más.

MERC. Gracias, Santiago.

CRIADO. El señor don Lorenzo...

ESCENA II

DON SANTIAGO, DOÑA MERCEDES y MINUTA, entrando muy de prisa, y separando al Criado.

MINUTA. Muy buenas noches, doña Mercedes; muy buenas noches, don Santiago.

MERC. Felices.

SANT. ¿Qué ocurre, que viene usted tan agitado?

MINUTA. Pues señor, al fin. Yo creo que es esta noche; ¡hay síntomas! ¡infalibles!

SANT. ¿Pero qué es lo que va á pasar esta noche? ¿Qué síntomas son esos?

MINUTA. He recorrido los barrios bajos; he pasado por delante de los cuarteles; vengo de la Puerta del Sol y vice-versa... ¡hay algo!... ¡preciso, si esto no podía durar!

MERC. ¿Tenemos motín?

MINUTA. ¿Pero ustedes no saben nada?... Vamos, don Santiago, no disimule usted. Si yo por usted, por nuestros hombres y por nuestro partido... ¡estoy dispuesto á todo! ¡Me quitaron la pluma de la mano: la mano está ociosa; y una mano ociosa es terrible!... Yo lo mismo manejo el fusil que el raspador y vice-versa.

MERC. ¿Es decir, que se prepara un movimiento?

SANT. ¡Qué disparate! ¡Noticias de Bolsa!... Los bajistas, Minuta; los bajistas.

MINUTA. ¿Conmigo misterios, don Santiago? ¿No tiene usted confianza en mí?

SANT. Todo eso es prematuro.

MINUTA. ¡Prematuro, y hace tres días que estoy cesante! Oiga usted: (Con tono misterioso.) ¡un gran movimiento! Al anochecer estuve en el café: nos reunimos cinco: los cinco á quienes en un mismo día y en la misma hora y de cinco plumadas sucesivas dejó cesantes el ministro. ¡Allí estábamos las cinco víctimas! ¡Ah, si el ministro hubiese visto *nuestra actitud*, posible es que se hubiese arrepentido de su fechoría!

SANT. ¿Pero qué actitud tenían ustedes?

MINUTA. ¿Nuestra actitud?... ¡Ah, sí! los cinco de codos sobre la mesa alrededor de cinco vasos de agua.

MERC. (Riendo.) Pues no me parece muy amenazadora la actitud.

MINUTA. Mire usted, Mercedes; el agua no es peligrosa; pero el vapor lo es. Y donde no hay cuerpos sólidos hay vapores. No tema usted al mayor anarquista mientras

hace la digestión: desconfíe usted del hombre más pacífico, si está hambriento: toda digestión es conservadora: todo ayuno es revolucionario. Ahí está el problema. El jugo gástrico que no se emplea y que se convierte en nitro-glicerina. En fin, que dentro de pocas horas vamos á estallar, ellos y nosotros, y todos y vice-versa.

MERC. ¿Será verdad? (A don Santiago.)

SANT. Profecías de cesante y noticiones de café.

MINUTA. ¡A mí no se me haga usted de nuevas! Pescador lo sabe todo, y sabiéndolo él, ¿no lo sabe usted?

SANT. Ni yo sé nada, ni Pescador se mete en eso.

MINUTA. ¿Que no? Pues antes de ayer, y ayer, y esta mañana ha ido á buscar á Luis y han hablado con mucho misterio.

SANT. ¿Cómo es eso?

MERC. ¿Qué dice usted?

MINUTA. Pues lo dicho. Y además, yo sé que ha tenido una conferencia secreta con aquellos dos jefes anarquistas: los que le apoyaron á usted en las elecciones.

SANT. Imposible: Pescador no se atreve sin mi permiso.

MERC. Ese hombre al fin ha de comprometerte.

MINUTA. Bueno, bueno, respeto su reserva de usted; pero cuente usted conmigo para todo. Esto es consolador: ver cómo un pueblo entero dice, levantándose con poderoso esfuerzo: «¡á mí no se me deja cesante!...» No, esto no lo dice el pueblo, lo decimos nosotros, los cinco; pero lo mismo da; cada cual dice lo suyo y vice-versa.

MERC. Pues mira, me inquieta eso que cuenta Minuta.

MINUTA. Conque me voy á recoger noticias y vendré á traerlas. (Falsa salida.) ¡Ah! por supuesto, don Santiago, que después de mis persecuciones y de mis sacrificios, yo no vuelvo al mismo destino. Ni yo, ni ninguno de los cinco: se nos debe una reparación á la faz del país.

SANT. (Distraído.) Sí señor, sí.

MINUTA. Bueno, adiós. (Volviendo.) Doña Mercedes, no se olvide usted de mí. Cuando llegue el momento le habla usted á don Santiago: él tiene tantas cosas en qué pensar, que puede olvidarse de Minuta.

MERC. (Distraída.) No tenga usted cuidado, don Lorenzo.

MINUTA. Muchas gracias: muchísimas gracias, (Cogiéndole la mano.) don Santiago... ¡incondicionalmente!... ¡Doña Mercedes, no se olvide del pobre Minuta!... Hasta luégo... volveré... Silencio... ¿han oído ustedes?... ¡me parece que ha sido una descarga!

SANT. No: no he oido nada.

MERC. Yo tampoco.

MINUTA. Sí, una descarga... Claro: el ministro las carga y las descarga el país, y vice-versa.

CRIADO. (Anunciando.) Don Ambrosio.

MERC. Que pase...

MINUTA. Este sabrá algo... (A don Ambrosio.) Don Ambrosio, ¿ha sido una descarga?...

AMB. ¡Una descarga!... no sé...

MINUTA. ¡Ah! no... no es nada... (Si el hijo está metido en la broma... ¡pobre hombre!...) Nada... bueno.. servidor... ¿eh?... silencio... ¡otra descarga!... pues esta ha sido... ha sido .. Adiós, don Ambrosio: salud á los padres de los hijos patriotas .. defensores de los cesantes patriotas... ¡Y si encuentro una barricada... me voy por otra calle! ¡Al fin! ¡otra descarga!... ¡esta... esta sí que ha sido descarga!... ¡adiós! (Se pone el sombrero y sale.)

ESCENA III

DOÑA MERCEDES, DON SANTIAGO y DON AMBROSIO

AMB. (Desde la puerta.) ¿Dan su permiso?

MERC. Adelante...

AMB. Muy buenas noches nos dé Dios... doña Mercedes... don Santiago...

SANT. Querido don Ambrosio... (Dándole la mano.)

MERC. Venga usted... venga usted á sentarse á mi lado.

T. VIRT. Señora, cuánto agradezco... (Algo preocupado con lo que le dijo Minuta.) ¿Pero qué tiene el señor de Minuta?... ¿De qué descarga me habló?.. No comprendo...

SANT. Cosas de Minuta: delirios de un cesante: un cesante vive en un mundo que no es el nuestro.

MERC. El mundo de las cesantías.

SANT. Y vé lo que no vé nadie, y anuncia catástrofes que traen aparejada su reposición con ascenso.

T. VIRT. Ya... ya...

SANT. Conque ¿qué me cuenta usted?

T. VIRT. Pues algo quería contarles á ustedes... si no molesto...

MERC. Usted no molesta nunca. Usted y Luis son dos buenos amigos.

T. VIRT. Pues de Luis quería que hablásemos.

SANT. ¿De Luis?

T. VIRT. Precisamente, y no sé cómo empezar. ¡Por Dios santo, no tomen ustedes á ingratitud lo que voy á decirles! Yo seré... un labriego tosco; un pobre hombre sin instrucción, porque olvidé la poca que tuve; sin usos sociales, sin talento, sin maneras... pero no soy un ingrato: eso no: no lo soy.

MERC. ¿Pero de qué se trata?

T. VIRT. El caso es que no acierto á dar principio á mi perorata.

SANT. Todo lo que usted nos diga ha de sernos agradable.

T. VIRT. ¡Está por ver!... A veces no puede uno decirlo todo. En fin, ustedes saben que han trasladado á mi Luis á las Baleares.

SANT. (Riendo.) ¡Vamos, era eso!... Yo paré el golpe, don Ambrosio. Hablé con el director de Infantería: Luis era sospechoso, pero respondí por él... y se queda en Madrid. ¿No se lo ha dicho á usted?

T. VIRT. Sí señor. Ya lo sé. Pues de eso se trata: que no puede quedarse en Madrid.

SANT. Hombre, ¿por qué razón? Yo pensé haber hecho una

cosa... beneficiosa para el chico... y que á usted le agradase.

T. Virt. ¿Lo ve usted? ¡ya se ofende usted, don Santiago, y con razón, ya lo creo! Dirá usted: «¡este campesino! ¡pues qué más quiere! ¡haga usted bien á estos zafios!» Pero no es ingratitud. ¡Por San Ambrosio, mi patrono, que cuando rompió á cantar su *Te-Deum*, no dijo más verdad que digo yo ahora! Es que mi chico no puede quedarse en Madrid.

Sant. ¿Por qué razón?

T. Virt. Yo me entiendo.

Sant. ¿Es que no quiere quedarse?

T. Virt. ¡Yo lo creo que quisiera! ¡pues si se marcha con la muerte en el alma!

Merc. ¿Entonces?...

T. Virt. Entonces... yo soy el que quiere que se marche. Y ya digo, agradeciendo con todas mis potencias y sentidos la protección que dispensan á mi Luis. Una cadena me han echado ustedes al corazón. Y este corazón, aunque es viejo, aún tiene jugo: no se parece á mis tierras, las pobres están sequitas; pero lo que aquí se siembra (Golpeándose el pecho.) echa muchos brotes y sin esperar á la primavera. Nada, don Santiago, doña Mercedes, que soy su esclavo: que me tienen ustedes más fiel y más seguro, que si fuera perro y estuviese amarrado á la puerta.

Sant. ¡Qué cosa tan rara! ¡qué capricho, don Ambrosio! Mire usted, que perjudica usted á Luis. Mire usted, que Madrid es la fuente de todo, y hay que estar cerca de la fuente para poner la boca al caño en cuanto se le ve libre un momento.

T. Virt. ¡Perjudicar á mi Luis! ¡pues si yo le quiero con idolatría! Si es ya demasiado: si Dios ha de castigarme, porque es demasiado. Si doy por él mi vida: no es mucho, ¿eh? pero no tengo más que dar. El mal que me hagan á mí... lo perdono. El que hicieran á mi Luis... ¡nunca! ¡Me habían de pedir que perdonase,

todos los bienaventurados y misericordiosos de la corte celestial, y yo había de arrastrarme por el cielo, pidiendo castigo para el que tocase á un solo cabello de mi hijo! Conque digo, ¡si lo querré!

MERC. ¡Ya se conoce que le quiere usted mucho!

T. VIRT. ¡Es tan bueno! ¡tan noblote! ¡tan valiente!... Algo aturdido; pero eso me hace gracia. Los jóvenes son así: es la confianza en la vida: luégo que llegan á viejos ya se van escamando y van con tiento, como gato á quien han escaldado muchas veces. (Riendo.)

MERC. Es verdad, parece muy bueno.

T. VIRT. ¡Ya lo creo! ¿Y bizarro? ¡no es nada! ¡Y qué bien le sienta el uniforme! ¡Cuando le ví, al volver de Cuba, con su espada al cinto y mandando una compañía... me quedé... hecho un bobo!... ¡Señor, que este rústico, este pobre hombre haya tenido un hijo así!... ¡Nada, que parece que ha nacido para mandar á todo el mundo!... ¡Él, al frente de su compañía y tantos hombres obedeciendo á un chiquillo!... «¡una, dos... arma al brazo... paso redoblado... marchen!».. ¡Sentía yo un orgullo!... el corazón me hacía el ejercicio dentro del pecho, al mandato de mi hijo: «una, dos, tres... arma al brazo... paso redoblado... marchen...» Vamos, vamos... perdonen ustedes... son ya chocheces de viejo.

SANT. Es usted muy bueno, don Ambrosio.

MERC. Y muy simpático.

T. VIRT. ¡Ca!... ¡si el mérito no es mío!... si es que lo siento así.

SANT. Y queriéndole tanto, ¿por qué quiere usted que salga de Madrid?

T. VIRT. Porque dejarle aquí es hacerle mucho daño: es fomentar inclinaciones imposibles: es ponerle en el disparadero: es dar ocasión á que álguien sospeche de su lealtad y de su honradéz... ¿Comprenden ustedes?

SANT. Ni una palabra.

MERC. Ni media.

T. VIRT. Pues tendré que hablar claro. ¡Y para que vean us-

tedes que no son pamemas, si ustedes lo prefieren, no volveremos más á esta casa, ni el padre, ni el hijo, ni el Espíritu Santo!

SANT. ¿Pero qué dice usted, don Ambrosio?

MERC. Verdaderamente no comprendo...

T. VIRT. Va usted á comprenderlo. Que Luis está locamente enamorado de Angeles.

SANT. ¿De Angeles?

MERC. ¿De mi hija?

SANT. ¿Luis?

T. VIRT. Poco á poco: no se alarmen ustedes: ya sé que hay mucha distancia de ustedes á nosotros. Y ni el padre, ni el hijo entran en ninguna casa para explotar á nadie, ¿estamos? ¡Jesús, sólo de pensar que pudieran ustedes tomarnos por unos intrigantes!... ¡vamos... que se me enciende el rostro... y siento unas llamaradas!...

MERC. Por Dios, no diga usted eso, don Ambrosio .. pero la verdad es que nos ha dejado usted estáticos...

SANT. ¡Qué diablura!... ¿pero es posible?

T. VIRT. (Algo ofendido.) ¡No sé por qué ha de ser imposible!... Luis es joven y es gallardo... y Angeles es joven y es muy preciosa... ¿pues qué más se necesita?... ponga usted aquí veinticinco años... y un poco más allá dieciocho años, y ya verá usted qué bailoteo arman el corazón de los dieciocho y el de los veinticinco...

SANT No se ofenda usted, don Ambrosio.

T. VIRT. Un rústico puede enamorarse de una princesa, y á una princesa puede antojársele que el rústico es todo un príncipe, que estas cosas se han visto... Y Luis no es un rústico como yo... sino un militar de mucho porvenir.

MERC. Nadie lo duda, don Ambrosio; pero usted comprende...

T. VIRT. No es eso... no es eso... ¡Qué vergüenza!... No crean ustedes que estoy abogando por mi hijo... ¡bonito papel!... ¡el papá procurando una buena boda al muchacho!... ¡Válgame Dios! ¿qué pensarán ustedes de

mí... y de él?... ¡Ea!... ¡ea!... se acabó: don Santiago, sólo le pido á usted una cosa... déjese de mi embargo y de todo lo mío... y ponga usted su empeño en que trasladen á Luis á las Baleares, que se lo agradeceré con toda mi alma.

CRIADO. El señor Pescador.

SANT. Que pase á mi despacho... y que me aguarde: allá voy. (Sale el Criado.) Don Ambrosio, es usted un hombre de bien y de carácter... y estas cosas también son contagiosas. Mire usted, me siento fortalecido: trae usted por lo visto de sus campos... aromas muy sanos y brisas muy frescas. Voy á decir cuatro cosas á Pescador... y luégo terminaremos nuestra conferencia. (Acercándose y cogiéndole la mano.) Conque mucha calma y entre tanto... si alguien debe avergonzarse por algo... no es usted... no es usted, don Ambrosio (Sale por la puerta del despacho.)

ESCENA IV

DOÑA MERCEDES, EL TÍO VIRTUDES y ÁNGELES

MERC. Santiago dice bien: estas cosas deben tomarse con calma. Claro es que nosotros no pensamos por ahora en separarnos de Angeles... ¡eso de ningún modo!... (Dulcificando el tono.) Ya vé usted... es muy niña.

T. VIRT. Y hacen ustedes perfectamente... Luis también es muy niño y tampoco pienso en casarle por ahora: aunque ustedes quisieran yo no lo casaba.

MERC. Muy bien pensado, don Ambrosio.

T. VIRT. Pero no quiero que el chico sufra por nadie... ¿estamos?... y es preciso mandarlo muy lejos, á ver si se le pasan esos enamoramientos.

MERC Ya veremos. Tratándose de personas leales como ustedes... no hay que darse prisa para tomar ciertas resoluciones... Calma, don Ambrosio: no perjudiquemos sin necesidad al chico.

T. VIRT. Esa confianza .. yo se la agradezco á usted con el alma entera. Pero sin embargo, pudieran ustedes el día de mañana dudar de nosotros.

MERC. ¡Por Dios, no tenga usted esas ideas!

ANG. (Entrando muy de prisa y agitada.) Mamá... mamá... ¡Ah! don Ambrosio... buenas noches...

AMB. Señorita...

ANG. ¿Sabes?..: ¿Sabe usted, don Ambrosio?... Ha venido Pepa... la doncella (A don Ambrosio.) y dice que hay muchos grupos en la Puerta del Sol .. y que se han cerrado todas las tiendas... y que se nota agitación...

AMB. ¡Diablo!... ¡diablo!... ¡qué Madrid este!... ¿Pero creen ustedes que tendremos jarana?...

MERC. No lo crea usted.

ANG. ¿Dónde está Luis? ¿en el cuartel?

T. VIRT. No lo sé: en todo el santo dia no le he visto: allá debe estar.

ANG. ¿Pero usted no lo sabe?

T. VIRT. No lo sé... pero voy á buscarle... ¡Demonio de Madrid!...

MERC. No se apure usted, don Ambrosio. De todas maneras, á estas horas suele venir Andrés, y él nos traerá noticias. Además, á eso fué Minuta, y si ocurre algo, él volverá.

T. VIRT. ¿Pero no ha oído usted que hay mucha agitación?

MERC. No se alarme usted: en Madrid siempre estamos agitados por algo. Venga usted conmigo, á mi gabinete, que quiero que terminemos nuestra conversación... y quiero que sigamos siendo buenos amigos.

T. VIRT. Como usted disponga. ¿Pero nos traerá noticias don Andrés?

MERC. ¿No le digo á usted que sí? y además, Minuta. ¿Conque vamos?...

T. VIRT. Estoy á sus órdenes... Señorita...

ANG Hasta luégo, don Ambrosio.

AMB (¡Válgame Dios, otro susto! ¿Dónde estará ese chico?... ¡Ah!... ¡mi campo... mi calma... mi Luis!..

¿por dónde andará mi Luis?...) (Aparte. Salen doña Mercedes y don Ambrosio.)

ESCENA V

ANGELES; después LUIS

ANG. (Asomándose al balcón.) Pues no se nota nada. Mucho silencio: muy sola la calle: la noche muy negra. ¿Qué?... algo sonó á lo lejos... así como un tiro... No: nada: una puerta que cerraron de golpe. ¡Ay, qué miedo! ¿Dónde estará Luis?... ¡si le sucede algo!... ¡qué pena tan grande!... ¡Jesús, qué latidos me da el corazón! ¡quieto, quieto!... (Oprimiéndose el pecho y como hablando con él.) ¿no ves que vas á enfermar! ¡Vamos, que desde hace algún tiempo, por cualquier cosa está danzando: antes era muy tranquilo; pero hace dos meses que no se le puede sufrir! ¡Siempre pam! ¡pam! ¡pam!... ¡quieto! (Asomándose otra vez.) No pasa ni un alma... sí: allá una sombra... muy aprisa, muy aprisa... Al cruzar bajo un farol brilló algo... oro, metal... justo, la sombra trae uniforme... ¡Qué bien le sienta á todo el mundo el uniforme!... ¡Ha de ser un hombre feo, feo á satisfacción, pues con uniforme ya es otra cosa!... No, pues ese que pasa no tiene mal aire... Apenas se le ve; pero ¿qué se yo? viene tan aprisa, taconea tan firme, avanza tan marcial... ¡Toma, ya lo creo que es marcial y gallardo... como que me parece que es Luis! Sí: es Luis: ya entró. ¡Gracias al cielo! ¡Se me ha quitado un peso! ¡Ahora, que suenen todos los tiros y todas las descargas!... Teniendo en casa á mi papá, á mi mamá y á Luis... ¡fuego y revolución!... ¡qué gusto!... ¡Ay, Dios mío, Luis!... (Al ver á Luis.)

LUIS. Perdone usted, Angeles, no encontré ningún criado; y como tengo mucha prisa, entré sin que me anunciasen.

ANG. Ya estaba usted anunciado: le ví á usted venir. No le conocí á usted, pero conocí el uniforme: ventajas del uniforme. Un militar no se confunde con nadie... á no ser con otro militar. Pero siéntese usted, Luis: avisaré á mamá.

LUIS. No... gracias... no avise usted á nadie... Voy á marcharme en seguida. No he venido á ver á nadie... más que á usted.

ANG. ¿A mí? Bueno, pues ya me ha visto usted. Su señor padre está allá dentro, con mamá. (Hace un movimiento como si fuera á avisar.)

LUIS. No... no quiero ver á mi padre... á él no... á usted nada más... ver á usted y decirle, «Angeles...» No, tampoco: ver á mi Angeles y marcharme. Su mano... adiós.

ANG. Espere usted: ¡qué prisa! ¿qué tiene? ¿qué le pasa? ¿á dónde va usted?

LUIS. ¡Qué sé yo! ¿A dónde voy yo siempre? A hacer alguna tontería: pues á eso voy ¡Adiós... Angeles de mi vida!

ANG. Si se marcha usted, llamo á don Ambrosio.

LUIS. Eso no .. ¡por la Virgen Santísima!

ANG. Pues no se marche usted todavía.

LUIS. Es preciso: y fué una locura venir, porque no hay tiempo... pero quise despedirme de usted. Ver á mi Angeles todavía: coger su manita: mirarla á usted muy de cerca para que su imagen quede bien grabada en mis ojos, y decirle por última vez: «por usted todo; honra, libertad, sangre y vida, todo » Pues si no he venido á este mundo para usted, ¿para qué he venido? ¡Estoy de sobra!... Angeles, Angeles... ¡Angeles y Serafines cantan: Santo, Santo, Santo!... ¡Ea!... á ganarla para siempre, ó se acabó el teniente Luis.

ANG ¡Qué cosas está usted diciendo! ¡Yo no le comprendo á usted, pero me da mucho miedo!

LUIS. ¡No comprende usted que la quiero con toda mi alma!

ANG. Eso sí: eso ya lo comprendo: no soy tan torpe. Pero dice usted cosas muy tristes y muy desconsoladoras:

perderme, ganarme... ¡la sangre, la vida!... despedírse de mí.. pues ¿á dónde se va usted, á las Baleares? No lo comprendo: si papá consiguió que se quedase usted en Madrid.

LUIS. ¡Qué he de irme yo á las Baleares! ¡Que se vaya el ministro de la Guerra con toda la plana mayor! Yo aquí me quedo: vivo y triunfante y mandando á todo el mundo: ó á un castillo: ó en tierra de un balazo.

ANG. ¡Luis!... ¿qué dice usted?... ¿un balazo?

LUIS. No: fué decir por decir.

ANG. Ha dicho usted: ¡un balazo!

LUIS. Claro: nosotros, los militares, siempre decimos: «¡Un balazo! ¡Dos balazos!...» como los paisanos pudieran decir: «¡caracoles!...» Por eso dije: «¡antes que salir de Madrid, que me peguen un balazo!»

ANG. No me engañe usted, Luis. Dicen que esta noche se se subleva y se revoluciona todo el mundo. ¡Un movimiento espantoso! Y usted prepara algo: usted tiene pensado sublevarse: usted no sale de aquí. Llamaré á mi madre, y á mi padre y á su padre de usted.,. (Angustiada y llorosa.)

LUIS. ¡Angeles!...

ANG. ¡Y á todos los padres de este mundo; pero usted no sale de esta casa! No quiero que le maten á usted... y le matarán... le matarán... me lo da el corazón... ¡un uniforme tan bonito manchado de sangre!... ¡Ay, qué pena!

LUIS. ¡Por Dios, silencio!.. ¡Ni una palabra!... ¡Me pierde usted, me deshonra!... ¡Estoy comprometido: mi palabra es palabra: dije *esta noche*, y aunque me lleven todos los diablos será *esta noehe*.

ANG. ¿Lo ve usted?... ¡No, pues no!

LUIS. Para que luégo dijesen, porque lo dirían: «¡Al teniente Luis le faltó corazón!» ¡A mí no me falta corazón para nada!... ¡Yo le pego fuego á medio Madrid! ¡y fusilo medio Madrid! Y me caso con usted y convido á la boda á los que hayan quedado.

ANG. ¡Se ha vuelto usted loco, Luis!

LUIS. ¿Pues por quién me sublevo yo? por usted sobre todo; para llegar muy arriba: pues así han subido otros: y yo tengo tanto corazón como ellos. ¡Vamos, si tengo *la mar de razones* para sublevarme! ¿No han reducido á la miseria á mi padre? Pues un hijo debe vengar á su padre. ¿No quieren perseguir y deshonrar á su padre de usted? Pues yo debo vengar á don Santiago. ¿No es preciso que yo llegue á ser mucho para casarme con usted? ¡Pues la faja á la cintura ó á la caja Luis Rodrigo! ¡Qüé gracia, lo he dicho en verso!

ANG. ¡No, por Dios, Luis! ¡por mí no se dé usted prisa: yo esperaré: le digo á usted que esperaré!

LUIS. ¡Pero si es que ya me sublevo por pundonor! ¿Qué quiere usted? ¿que al ir por la calle me señalen con el dedo y digan todos: «estaba comprometido y á última hora *se achicó*, le flojearon las piernas y se quedó en casa con el papá y la novia, al lado de la chimenea, mientras los otros se batían?» Permita Dios que me caiga aquí muerto, si no soy capáz de jugarme la cabeza, y de perder la cabeza y de volver por usted sin cabeza, pero con los tres entorchados.

ANG. (Llorando.) Con los entorchados, bueno... pero sin cabeza, no... ¡Ay, Dios mío! ¡pobre Luis!...

LUIS. ¡Silencio por Dios, Angeles... que me compromete usted!... Ya no hay remedio: yo no sé si hago bien ó hago mal. Pescador dice que es un acto heróico, de justicia nacional: que seré el brazo vengador: que don Santiago lo desea y que verá con mucho gusto cómo aplasto á sus enemigos. Vamos, que don Santiago... ¿se hace usted cargo?... por su posición no me ha dicho nada; pero que él... Pescador... por encargo del otro... de su papá de usted... me lanza y nos lanza á todos... porque toda la guarnición está comprometida... ¿comprende usted?

ANG. ¿Que mi padre?... ¿dice usted que mi padre?... No es cierto. Pescador le engaña á usted... ¡Mi padre!... ¡im-

posible!... ¡ahora mismo voy á decírselo!... (Quiero salir. Luis la detiene.)

LUIS. No, Angeles... me compromete usted... Si es inútil... si ya no puedo retroceder... ¡no oye usted que estoy comprometido!

ANG. ¡Si le han engañado á usted: si mi padre no ha pensado en semejante cosa! ¡Si son enredos de Pescador!

LUIS. Bueno, pues lo que usted quiera; pero ya... á ello... ¡poco *que se reiría* el capitán López si yo faltase!.... Me dijo ayer, atusándose el bigote: «Me parece, chiquito, que tú no tienes agallas para esto en que nos hemos metido.» ¡Que yo no tengo agallas!... Lo veremos... ¡Adiós, Angeles de mi alma!...

ANG. No, Luis: no irá usted.

LUIS. Si no acudo, me deshonro.

ANG. Y si acude usted, le matan.

LUIS. ¡Qué han de matarme! Llevo aquí su retrato de usted: (Poniendo la mano en el pecho.) ¡el que usted me dió! No tenga usted miedo. Cuando llegue una bala á mi pecho, su retrato de usted le dice: «fuera, fuera, no toques á mi Luis, y la echa á un lado.» ¿Verdad? ¿Dirá eso? si no dice eso, me mata la bala. ¿Conque lo dirá? A ver... á ver... repítaselo usted para que lo aprenda... (Acercándose á Angeles.) «fuera, fuera... no toques á mi Luis.» (Con una mezcla de mimo y pasión.)

ANG. ¡Luis!...

LUIS. ¿No quiere usted enseñarle la lección?

ANG. (Entre llorando y riendo.) Quite usted... ¡para bromas estoy yo!

LUIS. Pues me matarán.

ANG. Eso, no... «No quiero que toques...»

LUIS. Acabe usted... si no, hombre muerto. Vamos... «A mi Luis.»

ANG. ¡A mi Luis!.., (Tapándose la cara.)

LUIS. ¡Ahora soy inmortal!

ANG. Ahora mismo voy á decírselo todo á mi padre: y usted me espera aquí.

LUIS. No puedo.

ANG. Don Ambrosio... él viene... Si no me espera usted se lo cuento á su señor padre para que le encierre á usted, como á un chiquillo que es usted, en el cuarto obscuro.

LUIS. ¡Angeles, por Dios santo!...

T. VIRT. ¡Luis!... ¡qué alegría!... ¡estaba aquí!... ¡estaba aquí! (Abrazándole.)

LUIS. Padre...

ANG. No le deje usted marcharse, don Ambrosio. Voy á decir una cosa muy urgente á mi padre. (¡No, Dios mío; no quiero que maten á mi Luis!) (Sale por la puerta del despacho.)

ESCENA VI

LUIS y EL TIO VIRTUDES

LUIS. Ya le he dado á usted un abrazo... y me voy.

T. VIRT. ¿A dónde?

LUIS. Al cuartel... ¿A dónde quiere usted que vaya? Nos dieron orden de que no faltásemos; pero yo, para que no estuviese usted con cuidado, hice una escapatoria. Subí al cuarto: me dijeron que había usted salido y pensé: «está en casa de don Santiago.» Y aquí estaba usted. (Fingiendo alegría y ligereza; pero conmovido.) Conque le doy á usted un abrazo... y á la obligación.

T. VIRT. ¿Pero es preciso que vayas?

LUIS. Ya lo creo. Ya estará esperándome el capitán López: apuesto á que está diciendo: «aquél no tiene agallas...»

T. VIRT. ¿Cómo? ¿qué dices?

LUIS. No... si es una tontería... Como corre por ahí que tal vez tengamos esta noche algún motincillo... y como es posible que se disparen cuatro tiros... y como me vé tan joven y tan alocado... dirá: «aquél no tiene agallas.» ¿Comprende usted ahora?... Vaya... conque adiós.

T. VIRT. Espera: ¿dices que habrá tiros?

LUIS. ¡Qué disparate!... eso se dice... pero no sucederá nada... En Madrid siempre están espantados como conejos... ¡que van á sonar tiros!... ¡y á meterse cada uno en su madriguera!... ¡Ea!... se hace tarde... (Asomándose al balcón.) ¡Qué negra está la noche!... un abrazo y hasta mañana.

T. VIRT. Bueno, pues á la obligación. Adiós, Luis. (Deteniéndolo.) ¡Por Dios, hijo, si hay peligro... no seas temerario!

LUIS. ¡Va usted ahora á encogerme el corazón!... No soy un niño. Yo cumpliré mis compromisos como debo cumplirlos.

T. VIRT. Eso, sí: tú cumples como buen militar. ¿Tienes deberes sagrados? pues á tus deberes. ¡Eh! la Ordenanza, la bandera, la consigna... y en todo caso, «aquí está un Rodrigo.» Bueno.

LUIS. Pues adiós, padre.

T. VIRT. Oye; pero sin hacer locuras. Para portarse como manda la Ordenanza no hay que hacer locuras. Conque anda... anda... que no faltes.

LUIS. Adiós. (Volviendo.) Otro abrazo, padre. Más fuerte.

T. VIRT. ¿Pero tú crees que habrá algo?

LUIS. ¡Qué ha de haber!

T. VIRT. Vaya, vete, y *á portarse bien.*

LUIS. Sí señor. (Va á salir: su padre le detiene por un brazo.)

T. VIRT. Pero *con juicio.*

LUIS. Procuraré complacerle.

T. VIRT. He dicho con juicio; pero sin *timidéz.*

LUIS. ¡Pues no faltaba más!

T. VIRT. Todo puede armonizarse; se cumple con el deber, pero sin hacer locuras. Se tiene juicio; pero sin tapar el bulto. Una cosa es la bizarría y otra cosa es la temeridad. ¡Tú matas á todo el mundo!... ¡Pero que no te maten á tí! (Abrazándole enternecido, pero sin saber lo que dice.)

LUIS. ¡Por Dios, padre, que se hace muy tarde!

T. VIRT. Escucha... lo último. (Al oído.) ¿Llevas el escapulario que te dió tu madre cuando fuiste á Cuba?

LUIS. ¡Pues no faltaba más!... Aquí lo llevo... y además llevo aquí... (El sitio del retrato.)

T. VIRT. ¿Qué? ¿alguno de esos petos de malla que dicen que pueden resistir á las balas?... ¡bien hecho!... ¡buena idea!

LUIS. ¡Por Dios, padre!... ¡Para que me hieran y me desnuden, y me vean forrado de alambres!... ¡Qué vergüenza!... ¡El teniente Luis en una alambrera!

T. VIRT. ¡Es verdad!... ¡es verdad!

LUIS. ¡Por Dios, padre, déjeme usted!

T. VIRT ¡Pues vete... porque yo no te suelto!

LUIS. ¡Adiós!... (¡podre padre mío de mi alma... y qué pena voy á darle!...) ¡Adiós!

T. VIRT. ¡Adiós!... ¡Adiós!... ¡Luis!... (Siguiéndole: luégo se detiene.) Vamos, que me voy volviendo cobarde con la edad. ¡Qué noche tan negra!... ¡Ni un alma!... ¡Los mecheros de gas temblando de miedo de verse solos entre tanta sombra!... Vamos, que es una noche muy fea, de esas que quiere uno que acaben pronto. ¡Ea!... me voy... No, no puedo hasta que no me despida de don Santiago. Aquí viene... no: es Pescador. (Se retira hacia el balcón, y mira por él con cierta inquietud.)

ESCENA VII

EL TÍO VÍRTUDES y PESCADOR

PESC. (Con enojo, mirando amenazador al despacho, y sin ver á don Ambrosio.) ¡Al fin se portó como se portan todos estos! ¡Imbéciles, ingratos! ¡Bien me ha estrujado y me ha explotado! La mitad de su reputación, ¿á quién se la debe? ¡A mí, á mí! ¡á Pescador! ¡Yo he sido su agente universal, la trompeta de su fama, su constante jaleador! Las mandíbulas tengo desquiciadas de tanto admirarme de los talentos de don Santiago: «¡ah, don

Santiago!» «¡oh, don Santiago!...» ¡Mentecato, vanidoso!... Y no hay que hacerse ilusiones: esto es un rompimiento.

T. VIRT. (Separándose del balcón y avanzando un poco.) ¡Don Valentín!... (Con timidéz.)

PESC. (Sin oirle ni verle.) ¿Pero por qué es esto? ¿Serán cosas de don Andrés, ese puritano de guardarropía? ¿Serán cosas de Mercedes? ¿Se habrá figurado la noble matrona que peligraba su virtud? ¡Por unas cuantas galanterías! ¡Mojigata ridícula!... ¿Y ahora, ¿qué hago? ¡Cinco años consagrados á don Santiago! ¡y á la niña, y á la mamá y á la familia toda! ¡Cinco años perdidos! ¡Ah, miserables!... (Mirando hacia el despacho en actitud amenazadora.)

T. VIRT. Mal gesto tiene: no me gusta el gesto de este hombre.

PESC. ¿A qué árbol me arrimo? ¡Y éste tenía buena sombra y subirá muy alto! ¡No... como yo pueda no subirá mucho!

T. VIRT. Éste debe saber si hay jarana... ¡Don Valentín!... (Adelantándose.)

PESC. ¡Hola!... felices, don Ambrosio. (Aparte.) (Con eso y conque no se atrevan, y no tengamos tiros y no tengamos baja... ¡me he lucido! ¡Pero si la baja viene, me río de don Santiago!)

T. VIRT. (Pues ahora se rie; pero se ríe con la mitad de la cara: la otra mitad está seria. ¡No me gustan estas medias risas! ¿No hay motivo para reirse? pues quieto. ¿Hay motivo? ¡pues reirse del todo!) ¡Don Valentín!...

PESC. ¡Ah! .. sí... perdone usted... estaba distraído...

T. VIRT. (Algo le pasa á Pescador: está más verde que mi praderica del lado del río en primavera. Pero á aquélla le sienta bien el verde, y á éste... no parece sino que se le revuelcan las entrañas sobre la conciencia y escupen verdín hacia arriba.) ¿Conque decia usted?

PESC. No decía nada: para no decir nada bueno, más vale callarse.

T. VIRT. ¿Hay disgustos?

PESC. En política, siempre. Pasa uno la mitad de la vida arrepintiéndose de lo que ha hecho en la otra mitad. (Aguarda, que ya empiezo á vengarme: por muy poco empiezo, pero todo se suma.) (*Mirando hacia dentro.*)

T. VIRT. ¡Pues ya es trabajo!

PESC. ¡La política le obliga á uno á hacer cosas!... Yo no le conocía á usted cuando don Santiago hizo con usted... lo que hizo... Sin embargo, bien sabe Dios que me opuse con todas mis fuerzas.

T. VIRT. ¿Que usted se opuso á que don Santiago me protegiera?... pues no comprendo, ¿por qué?... ¡francamente, no lo comprendo!

PESC. ¿Proteger á usted? ¡Pobre don Antonio! ¡Perseguirle á usted, embargarle, arruinarle! Y quien se opuso á aquella fechoría fuí yo: ¡diga usted á todo el mundo que fuí yo! ¡Valentín Pescador! (*Con energía, golpeándose en el pecho.*)

T. VIRT. ¿Pero qué desatinos dice este hombre?

PESC. Ayer yo era para don Santiago un amigo íntimo y un sér lleno de perfecciones... hoy, Dios sabe lo que dirá de mí.

T. VIRT. Pero usted me confunde... usted me marea... yo no entiendo ni una palabra...

PESC. Quiero decir, que yo siempre haré justicia á don Santiago: es un hombre de talento, un gran orador... pero la ambición le ciega... y hace cosas... y ha hecho cosas... que yo sé... y que nadie sabrá. Lo que hizo con usted, por ejemplo, ¡no tiene nombre!

T. VIRT. Pero ¿qué ha hecho conmigo? ¡qué ha hecho, sino protegerme y ampararme y ser todo bondad para mí...

PESC. ¿Pero usted no lo sabe? ¿No se lo ha dicho á usted él mismo con noble franqueza? Vamos... yo no quisiera hablar mal... pero hay cosas... puede uno equivocarse... pero cuando uno comprende lo que ha hecho... ¡entonces, ó se tiene ó no se tiene corazón!...

T. VIRT. ¡Pero yo estoy soñando!...

PESC. ¡Pero si es público!...

T. VIRT. Pero ¿qué es eso, que es público?

PESC. Lo que don Santiago ha hecho con usted.

T. VIRT. ¿Qué ha hecho conmigo?

PESC. ¡Es usted un inocente, don Ambrosio! ¡Para su elección, don Santiago necesitaba el apoyo del marqués de la Solanada, y para obtenerlo, el propio don Santiago, ¿comprende usted? le mandó una carta á Robles, el empleado de Hacienda, para que le embargase á usted sin compasión: fueron sus palabras.

T. VIRT. ¡Don Valentín, eso no es verdad! ¡Usted ha reñido con don Santiago y para vengarse le está usted calumniando!

PESC. ¡Don Ambrosio!

T. VIRT. Ea, yo digo las cosas como las siento. ¡Señor mío, calumnia usted á don Santiago y no lo tolero. Le debo mucho para permitir que le ofendan en mi presencia!

PESC. ¡Me inspira usted más que enojo, lástima!

T. VIRT. Pues á mí no me inspira usted ni tanto así de lástima, me inspira usted enojo y desprecio.

PESC. ¡Poco á poco, respetable rústico!

T. VIRT. Rústico por fuera; ¡pero mi conciencia, sépalo usted, va siempre de etiqueta: frac y guante blanco! ¡Vamos á ver de qué va vestida la de usted, si acaso es presentable!

PESC. Don Ambrosio, su edad de usted le da ciertos privilegios, pero no el de insultar á un caballero. De sus palabras de usted pediré mañana satisfacción á su señor hijo, si es que escapa con vida de la aventura de esta noche. (Se dirige á la puerta.)

T. VIRT. ¡No... no... por Dios santo... un momento! ¿Qué aventura es esa? *¿con vida?*... ¿dice usted, *con vida!*... Él... Luis... no... imposible...

PESC. Le trataré á usted con la misma consideración con que usted me ha tratado á mí. Esta madrugada debe sublevarse Luis en el cuartel. Adiós.

T. VIRT. No... le digo á usted que no.

PESC. Pregúnteselo usted á don Santiago, ya que tanta confianza le inspira.

T. VIRT. ¿Pero don Santiago lo sabe?

PESC. (Riendo.) ¡Pobre hombre!...¡vive usted en Babia!... ¿Pues á quién aprovecha la revolución, ó el motín, ó la cuartelada ó lo que sea? ¿Quién ha comprometido á Luis?... ¡Ah!... es verdad... ha sido el pícaro de Pescador... Don Santiago no sabía nada... (Se va riendo hacia la puerta.) ¡he sido yo!... ¡Diga usted que he sido yo!... Si Luis muere... écheme usted la culpa... don Santiago presidirá el duelo.

T. VIRT. ¡No... por Dios... espere usted!... ¡ay, mi cabeza!...

PESC. ¡Silencio... creo que empieza el fuego! (Se oye una descarga lejana.)

T. VIRT. ¡No!

PESC. (Mirando el reloj.) ¡Ya es hora!... No se apure usted, puede ser que el chico gane dos ó tres grados... y se case con Angeles .. Cada cual á lo suyo: usted perdona á su futuro consuegro... y yo, al Bolsín.

ESCENA VIII

EL TIO VIRTUDES; después DON SANTIAGO y ANGELES

T. VIRT. ¡No es verdad!... ese hombre miente... miente en todo... (Llamando.) Don Santiago...

SANT. Pescador, ¿dónde está Pescador?... ¿No es cierto lo que dices, Angeles?

ANG. Lo es... el pobre Luis...

T. VIRT. ¡Ah!

SANT. ¿Pero no está ese hombre?

T. VIRT. No está él... pero estoy yo.

SANT. A quien busco es á don Valentín.

T. VIRT. Y yo á quien busco es á don Santiago.

SANT. Amigo don Ambrosio, lo que usted tenía que decirme ya está dicho. Sé que es usted un hombre honrado...

T. VIRT. Pues una cosa así quiero yo saber: saber si usted lo es.

SANT. ¿Si yo soy un hombre honrado?

T. VIRT. Eso... precisamente eso.

SANT. ¡Don Ambrosio!

T. VIRT. ¡Asómbrese usted cuanto quiera: así nos asombraremos los dos: en algo hemos de parecernos, en lo asombradizos!

SANT. ¿Pero tú le comprendes?

ANG. No, padre mío.

T. VIRT. Oigame usted con paciencia. Yo quiero creer en usted... en su lealtad... en la protección que nos ha dispensado... Yo soy un pobre labriego... y usted es una eminencia... ¿pero hay derecho para que haga usted con mi Luis lo que ha hecho?... ¡si es que lo ha hecho! ¡que no quiero creerlo!...

ANG ¡Don Ambrosio, por Dios!

SANT. ¡Don Ambrosio!...

T. VIRT. Calma... calma... No hablemos todavía de Luis... Por lo que hizo usted, conoceré lo que es usted capáz de hacer... ¡Ah! ¡si usted fuese capáz!...

ANG. ¡Ay, padre mío!... (Acercándose á él.)

SANT. Déjale que hable.

T. VIRT. No se asuste usted: no voy á devorar á su señor padre. Conteste usted, mi señor don Santiago; ¡pero con verdad! ¿eh?

SANT. Yo no miento.

T. VIRT. Vamos á verlo. ¿Es verdad que si me han perseguido, si me han embargado, si estoy en la miseria, es porque usted escribió... allá... á la tierra... para que hicieran todo eso conmigo, por no sé qué enjuagues electorales? ¿Es verdad?

ANG. ¡No lo crea usted... sería Pescador!...

SANT. ¡Don Ambrosio!...

T. VIRT. A contestar... sin mentir.

SANT Don Ambrosio, poco á poco...

T. VIRT. Lo mismo dijo Pescador: «poco á poco.»

SANT. Yo no miento.

T. VIRT. Pescador lo asegura: (diré que tiene pruebas.) Tiene pruebas,

SANT. Es verdad: no lo niego.

T. VIRT. ¡Ah!... ¡era verdad!

ANG. ¡Ay, padre mío!...

SANT. Pero no le conocía á usted.

T. VIRT. Ni el salteador conoce el viajero á quien asalta.

SANT. Hice mal, lo confieso: ¿quiere usted más? Pero hice lo que habría hecho cualquiera.

T. VIRT. Ese cualquiera sería lo que usted es.

ANG. ¡Don Ambrosio!... (Suplicante.)

SANT. Sus canas de usted me imponen respeto y más respeto sus desdichas, de las que reconozco que soy causa involuntaria. De todas maneras, aunque comprendo su enojo, mi dignidad me impide tolerarlo.

T. VIRT. ¿Ahora despierta su dignidad de usted? No es madrugadora.

SANT. ¡Basta! Si reconozco faltas, no sufro insultos.

T. VIRT. Si las verdades son insultos, tanto peor para usted.

SANT. Ya le dije á usted que estoy dispuesto á reparar el daño que causé.

T. VIRT. Y yo le dije que no estoy dispuesto á recibir limosnas.

SANT. Entonces, lo más prudente es que suspendamos esta conferencia.

ANG. ¡Es verdad!

T. VIRT. ¡Suspenderla! ¡Pues si empieza ahora! ¡Qué me importa el embargo, ni qué me importan las tierras, la miseria y el hambre! ¡Lo que me importa es mi Luis! Si hablé de esas cosas, es porque quería conocerle á usted... ya lo dije... Y ahora veo que Pescador no me engañó: ahora le conozco á usted.

SANT. ¿Dice usted que Pescador?

T. VIRT. ¡Me lo ha confesado todo! ¡Y le pido á usted mi hijo, mi Luis!

SANT. ¡A mí!

T. VIRT. Sí señor: mi hijo, á quien ha comprometido usted con sus enredos políticos. Mi hijo, á quien entre todos ustedes han vuelto loco... ¡para explotarle!...

¡Pobre criatura!... ¡para pedirle su sangre, su espada, su honra!... ¡Ah, qué infamia!...

ANG ¡Eso no!... ¡no!... ¡no diga usted eso!...

SANT. ¡No más, don Ambrosio!

T. VIRT. Ah!... ¿soy yo bobo?... ¡Ah, ah!... ¡los labriegos somos ignorantes, pero somos maliciosos!...

SANT. ¡Usted delira, don Ambrosio!... Empezó usted por tener razón, concluye usted por no tenerla.

T. VIRT. ¡Conque no!... ¡yo veo largo!... ¡yo siento crecer la yerba!... ¡la costumbre!... ¡Claro!... ¡claro!... ¡Por eso estaban ustedes tan amables!... ¡imbécil de mí!... ¡Había de ser por un chicuelo y por un rústico!... ¡Cuando gente tan alta se baja, es para coger algo del suelo!... (Dándose una palmada en la frente.) Sabiendo que el muy necio estaba enamorado de esta niña, ¡pedir usted mismo que no le sacasen de Madrid!... ¡Ah, labriego estúpido!... (Sacudiéndose la cabeza.) ¡Ah, vanidoso... creías que era por tu linda cara... y por nobleza de sentimientos... lealtad entre cortesanos!... ¡Era para embobarlo, para cogerlo, para deshonrarlo!... ¡Al padre le quitan el pan!... ¡al hijo le roban la vida!... ¡Pronto, venga usted conmigo á devolverme mi hijo!... ¡Pronto, que usted no sabe quién soy yo!...

ANG. ¡Padre... eso si... salva á Luis!

SANT. ¡Es demasiado... salga usted!

ESCENA IX

ANGELES, EL TIO VIRTUDES, DON SANTIAGO y DOÑA MERCEDES

MERC. ¡Dios mío, qué es esto!

ANG. ¡Que la vida de Luis peligra!

SANT. ¡Que don Ambrosio se ha vuelto loco!

T. VIRT. ¡Loco porque reclamo á mi hijo!... ¡mi hijo!... ¡pero si es toda mi esperanza, toda mi felicidad!... Por Dios, señora... yo les perdono á ustedes todo lo que

me han hecho: la ruína, el embargo, mis pobres tierras tan trabajadoras... ellas me daban trigo, me daban centeno, me daban patatas .. ¡Pero quién habla de esto!... (Incomodado consigo mismo.) Lo que yo quiero es mi Luis, que me devuelvan mi Luis, dígale usted que me lo devuelva!...

SANT. ¿Pero cómo?

MERC. Diga usted cómo: yo no comprendo nada.

ANG. Eso es: diga usted de qué manera: si todos queremos salvar á Luis, ¿verdad, papá?

T. VIRT. Pues bien sencillo es y tiempo hay hasta la madrugada: se viene usted conmigo al cuartel y le dice usted: «Luis, de lo dicho no hay nada.» ¡Eh... me parece!... Porque yo le conozco, si le ha dado á usted su palabra, ¡el chico se hace matar... se hace matar!... Él... ¡tan guapo, tan valiente, tan bueno!... ¡Y las balas son tan estúpidas!... ¡allá va un pedazo de plomo y mata á un hijo sin pensar en el padre! ¡Lo que yo digo, el plomo es estúpido! ¡Por Dios, señora: por Dios, don Santiago, perdóneme usted todo lo que he dicho! es que yo no entiendo de política, ¡un pobre hombre qué ha de entender!... ¡usted hace bien, sabe usted lo que hace, es para el bien de todos!... convenido; pero busque usted otro... mi Luis es un chiquillo... ¡Por Dios, Angeles, pídale usted por Luis: la quiere á usted mucho, más que á mí! ¡Conque vamos todos allá... á salvar á Luis... si no vienen ustedes bien á bien... cojo algo (Mirando alrededor.) que me sirva de ahijada y por delante me los llevo á ustedes, como me llevo los bueyes sobre el surco!

SANT. Me inspira usted mucha lástima; pero le juro á usted por lo más sagrado, que yo no he comprometido á Luis.

MERC. Créalo usted, don Ambrosio; sería Pescador.

T. VIRT. Él, que usted; usted, que él, y entre los dos matan y deshonran á mi hijo... ¡Ah! ¡dónde he caído! ¡dónde he caído! .. ¡dónde ha caído la pobre criatura!

ESCENA X

DOÑA MERCEDES, ANGELES, EL TIO VIRTUDES y DON SANTIAGO; DON ANDRÉS, por el fondo precipitadamente.

AND. ¡Ya tenemos jarana!... Barricadas en los barrios bajos y movimiento en los cuarteles.

T. VIRT. ¡Lo vé usted!

ANG. ¡Ay, Dios mío!

MERC. ¡Válgame Dios!

SANT. ¡Pero cómo es posible!...

AND. Y hay quien en voz baja pronuncia el nombre de Pescador. Y tu nombre no está muy lejos del suyo.

T. VIRT. ¡Ah!... él lo ha dicho, ¿lo ha oído usted?

SANT. ¡Calumnias!

T. VIRT. ¡Sérán calumnias! ¡será Pescador! ¡será usted! ¡serán sus discursos de usted que han trastornado á mi Luis!... ¡Poco me importa!... ¡Lo que quiero es que salve usted á mi hijo!...

SANT. ¡Yo no he comprometido á Luis .. pero no importa!... ¡Vamos á donde usted quiera!...

T. VIRT. ¡Al fin!... vé usted... vé usted... esto es otra cosa... ahora es usted un hombre... ¿vé usted como yo me rindo á la razón?... conque vamos...

MERC. ¡Por Dios, Santiago!...

AND. Mira que te comprometes.

ANG. No te comprometas, papá... pero haz algo sin comprometerte para salvar al pobre Luis.

T. VIRT. ¡No le detengan ustedes!... ¡ahora que él iba!... ¡ah! ¡el egoísmo de esta gente!

SANT. ¡No tema usted, qué diablo! ¡los hombres políticos no somos fieras, y cuando llega una ocasión somos hombres! (Suena una descarga.)

MERC. ¿Qué es aquéllo? ¿una descarga?

ANG. ¡Sí! (Ruído de artillería que pasa.)

T. VIRT. ¿Qué ruído es ese? ¡hierro que rueda sobre piedra!

¡se me extremecen las entrañas' (Doña Mercedes, Angeles y don Andrés se precipitan al balcón.)

MERC. ¡Artillería que pasa!

ANG. ¡Dios mío!... ¡Virgen Santísima!...

T. VIRT. ¡Y eso... eso... dicen que destroza carne como el trillo espigas! (Asomándose con terror.) Vamos... vamos... si llego á tiempo me pondré delante... ya verá usted cómo no pueden conmigo...

MERC. ¡No vayas!... (A don Santiago.)

ANG. ¡Padre!...

T. VIRT. ¡Ea! .. ¡mujeres fuera, que van los hombres á donde deben ir!... (Se precipitan don Santiago y el Tío Virtudes.)

ESCENA XI

DOÑA MERCEDES, ANGELES, EL TÍO VIRTUDES, DON SANTIAGO y DON ANDRÉS; MINUTA, con los dos anarquistas.

MINUTA. ¡A dónde van!... ¡no salgan!...

MERC. ¿Esos hombres?...

ANG. ¿A qué vienen?

COMP. 1.° Él nos trajo.

COMP. 2.° ¡Nosotros no necesitamos de burgueses!

MINUTA. Tomó la tropa la barricada en que estaban... huyeron...

COMP. 1.° Nos retiramos.

MINUTA. Eso es. Nos retiramos todos: yo que pasaba y ustedes que venían, y vice-versa. Conque yo dije: á esconderse por el pronto. A los correligionarios hay que ampararlos.

SANT. ¡Está usted loco! (A Minuta.)

T. VIRT. ¿Había militares en la barricada de ustedes?

COMP. 1.° Un oficial y unos soldados.

T. VIRT. ¡El oficial... ¡el oficial... ¿era joven?

COMP. 2.° Un chiquillo: al primer tiro se puso en salvo.

T. VIRT. ¡En salvo! (Con alegría.) ¡Ah! ¿huyó? ¡no era mi hijo!

COMP. 1.° Había otro: una fiera... cayó...

T. VIRT. ¡Era mi hijo!... ¿cómo era?
COMP. 1.° Barba negra...
T. VIRT. ¡Dios mío... no era él!
SANT. ¡Que escondan á esos hombres!
MINUTA. ¡Se asegura que si se sostiene el fuego, antes de dos horas responden dos cuarteles!... ¡Ahora verán lo que somos nosotros!... ¡Lo he corrido todo! .. ¡Cómo he corrido!...
COMP. 1.° Si sigue... salimos...
COMP. 2.° ¡Caball. .
T. VIRT. ¡Don Santiago!... (Escuchando.) ¡Fuego allá lejos!...
SANT. Sí... vamos...
MERC. ¡No!...
ANG. ¡No, padre mío!... Sea lo que Dios quiera... no salgas...
T. VIRT. ¡Cómo se conoce que tiene usted en su casa á su hija y su marido! (A doña Mercedes.)
COMP. 1.° ¡Los burgueses se cuídan!
COMP. 2.° Ya... ya...
T. VIRT. ¡Don Santiago!... ¡Mi hijo en peligro y yo esperando! ¿Es esto ley de Dios?...
SANT. Vamos.
ANG. ¡No, padre mío!
MERC. ¡No sales!
AND. ¡Santiago!
SANT. ¡Dejadme!
T. VIRT. ¡Pronto!...
(Casi simultáneos, por lo menos rapidísimos.)
COMP. 1.° Los burgueses que se apuran.
COMP. 2.° Ya .. ya...
ANG. (Poniéndose en la puerta para que no pase su padre.) ¡No, por Dios, no nos dejes!... ¡Ah!... espera... ¡Él, Luis!...
T. VIRT. ¿Viene Luis?... ¡Mi Luis!...

ESCENA ÚLTIMA

TODOS y LUIS

LUIS. ¡Padre!...
T. VIRT. ¡Hijo!...
(Abrazándose.)

SANT. ¡Gracias á Dios!

MERC. ¡Gracias al cielo!

ANG. ¡Qué alegria!

T. VIRT. Aquí... aquí... ya no te suelto... (Se lo trae abrazado al primer término.) ¡Ajajá!.. Ahora, pueden ustedes hacer lo que gusten... sublevarse, no sublevarse... fusilar á esos, (Señalando á los Anarquistas.) ó fusilar á los otros... quedarse, ó irse... á mí ya lo mismo me da... ¡Te agarré... eres mío!...

LUIS. Padre, escucha... Dispensen ustedes... (En voz baja.) Iba á sublevarme, pero ya no me sublevo... y con permiso del capitán López, hice una escapatoria para decírtelo.

T. VIRT. Bien hecho... ¡gran persona el capitán López!

LUIS. Pero no creas... no es por miedo... eso no... Es que el capitán López me dijo: «Querian que nos sublevásemos para que bajase la Bolsa... y yo, para eso no me sublevo...» Y le contesté: «Yo tampoco.» Para quemar pólvora y que suba, ¡siempre! ¡Para enjuagues de Bolsa y que baje, nunca!

T. VIRT. Bien hecho, bien hecho... con tal que no te suceda nada... todo está bien hecho.

LUIS. Conque ustedes perdonen... y aunque todo ha concluído, al cuartel me vuelvo.

COMP. 1.° ¡Todo ha concluído!... ¡ya no hay hombres!

COMP. 2.° ¡Ya no hay más que burgueses!

MINUTA. ¡Todo ha concluído!... ¡ya no hay más que cesantes!

LUIS. De teniente sigo... ¡otra vez será! (A Angeles.)

ANG. ¡Qué importa eso!... lo que yo quería es que no le matasen á usted.

SANT. ¿Me guarda usted rencor?

MERC. El Tío Virtudes no puede ser rencoroso.

T. VIRT. Se salvó mi hijo... ya no guardo rencor á nadie... Ea, yo me vuelvo á la tierra, á la gracia de Dios; pero mi chico se queda solo por el mundo con su compañía... Miren bien, ustedes, los que andan en política, lo que hacen de mi hijo: yo lo sufriré todo... pero si alguna

vez en sus guerras ó en sus trifulcas de ustedes comprometieran á mi Luis... y llegase á perderlo... ¡Ah! Don Santiago... no nos lancen á la desesperación á los labriegos, que el día en que se enclavijen la mano callosa del arado y la mano tiznada del taller... ese día se acabó todo... ¡Ah! si yo perdiese á mi hijo... ¡Madre de Dios! Sin hijo y sin casa... fuera sangre y hambre dentro... entonces, el Tío Virtudes estaría con los que nada tienen, con los que nada esperan, con los que huelen humo, con los que pisan ruínas, con vosotros, (A los Anarquistas.) los de la tea y la zafra de petróleo... Y como alguna vez esté con vosotros, cabritillos de leche vais á ser comparado con el Tío Virtudes.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en prosa y en tres actos.
Dos fanatismos, drama en prosa y en tres actos.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rigidos, drama en tres actos y en verso precedido de un diálogo-exposición en prosa.
Siempre en ridiculo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-politico en tres actos y en prosa.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.